



María Antonia Ricas  
Manuel Quiroga Clérigo  
Carlota M. Senac  
Juan Carlos Pantoja Rivero  
Carmen García-Lecua  
Jesús Pino  
Mar Peces  
Miguel Angel Curiel  
Paco Morata  
Alfonso Castro  
Amparo Ruiz Luján  
José Pulido  
Diego Gómez  
Ian Robert Mackinnon  
Elisa Romero  
Jorge Berenguer Martín  
Joaquín Copeiro  
Gonzalo Melgar del Corral  
Sonia Tardío Ledesma  
Jesús Rubio  
Susana Béjar Sánchez  
Maritza Josimcevic  
Michael White  
H4  
Jesús Bermejo  
Damián García Fente

*Ilustraciones:* Jesús García  
Elena Pino y José Morata

# HERMES

REVISTA ESTACIONAL DE POESÍA

Hermes 15. Toledo, 1999

Revista Artesanal de Poesía

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y

Jesús Pino

Edita: *Hermes4*

Consejo editor:

Jesús Pino

María Antonia Ricas

Joaquín Copeiro

Juan Carlos Pantoja Rivero

Depósito Legal: TO-654-1995

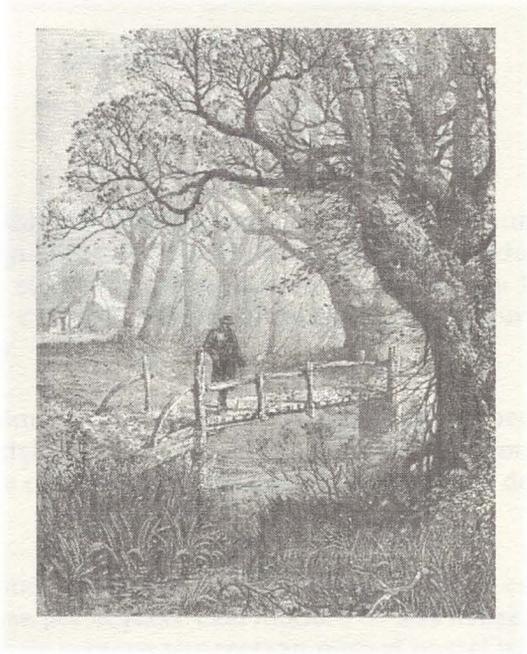
ISSN: 1135-4801

Portada: Lucía Ruiz





**HERMES 15**



**OTOÑO**  
**Revista artesanal. Toledo, 1999**



## MARÍA ANTONIA RICAS

### LA QUE LIMPIA LOS URINARIOS

Es invisible cuando Tamara de Lempicka se suaviza en sus bragas de raso y se reconcilia con su vestido mirándose en el espejo, retocando la curva de sus labios y yéndose después mientras calcula la pedrería de sus amantes.

La que limpia no ha deseado la danza de los peces bajo el tedio del Adriático, no sueña jamás con encontrar un brazalete de plata que burle el recorrido de los desperdicios.

Pero conoce el candor de los que se alimentan con pétalos de rosa por el yacer casi inodoro de sus heces y cuántos miles de cerezas se precisan para el pastel intacto de una novia bella y anoréxica.

Conoce el temor de los hombres de negocios en la mancha que dejan sobre la porcelana de hielo, el secreto de las embarazadas porque gimen al cerrarse por dentro

en dos metros cuadrados de soledad y el caviar que comieron los discípulos de una logia y el licor culpable que embriagó a los amantes de la condesa Tamara de Lempicka.

Cada día se resume en los desagües llegando hasta el fondo de los pensamientos elevados, aunque la música del agua no le regala arroyos transparentes.

Y cuando acaba su trabajo se marcha más distante que la pintora Tamara de Lempicka. El sol no la golpea con su desvergüenza y en la oscuridad su paso está cansado como la danza de los perezosos que se aman en un lujoso hotel de Venecia.



---

## MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

### INFORME DEL OLVIDO

Cruzan los trenes raudos  
por una lejanía de montes, mariposas, añoranzas.  
Queda sólo una rosa  
que busca la ventana,  
que permanece al margen  
de opresivos veranos.  
Hay pájaros que esperan un vuelo favorable,  
una estela de viento  
para iniciar un regreso a la infancia.  
Durante muchos años habíamos caminado  
a los parques dormidos,  
a cierta piel de ámbar,  
a los inmensos cielos de pantano.  
Ni siquiera pudimos despertar,  
analizar el tiempo,  
retener impacientes  
esa historia perfecta de un escote.  
Por entonces, recuerda, no llegaban las cartas;  
existían acaso los turbios horizontes,  
tardes de mineral brusco y distante  
apartando la yerba, desdibujando el norte.  
Solo la lluvia, a veces, o un pedazo de nieve

recordaban los dramas verticales  
de la separación, el triste  
fenecer de la ternura, la vacación del beso,  
la sensación de adiós y de olvido.  
Una tarde, no obstante, pudimos retornar a las campa-  
[nas.



---

**CARLOTA M. SENAC**

«y ahora se me marcha por caminos que ignoro»

**LUIS FERIA**

Me está doliendo la mañana,  
sus latidos repentinos,  
las palabras hibernales  
que hieren mi inocencia,  
que me obligan a desnavegar  
en océanos pasados  
y a viajar en tierra estéril.  
No soporto el aire felino  
con el que llegan mis tardes,  
tu silueta de lobo  
ante la niebla infausta  
que es hoy mi carne,  
ese interés que fermenta  
como olor de alacenas  
nunca habitadas  
y que se hace presente  
en la ceniza feroz de una llamada.  
Me ennegrezco ante la noche,  
me emborracha con sus risas  
y guernicas bien presentes.  
Esta es mi derrota,  
no eres  
ni creas tiempo en mi plaza.  
¿Será el olvido igual de inexistente?

QUISIERA DESCONOCERME.

Por un momento  
me gustaría dejar quieto  
el ansia de comerle  
al tiempo las entrañas.

Ni siquiera respirar  
a través de este hierro  
que me cruza el alma.  
Inundaría mi habitación  
con silenciosos fangos  
si así desterrara  
al polemarco de mi adentro.

Quisiera desvivir  
el mal camino recorrido  
y que el futuro me desnudara  
del dolor de aventurarse  
en la arquitectura arenosa del querer.

Que de una vez por todas  
dejara de alumbrar historias  
que me ahogan en su sed.  
Porque no soy dueña de amor  
ni de la vida ni la muerte  
y en tanto que vivo  
salto de guerra en guerra,  
de ilusión y de mirada.

Te espero, pero ya no espera nada,  
sólo desconocerme  
y arrancar caricias al olvido.

## INVITACIÓN

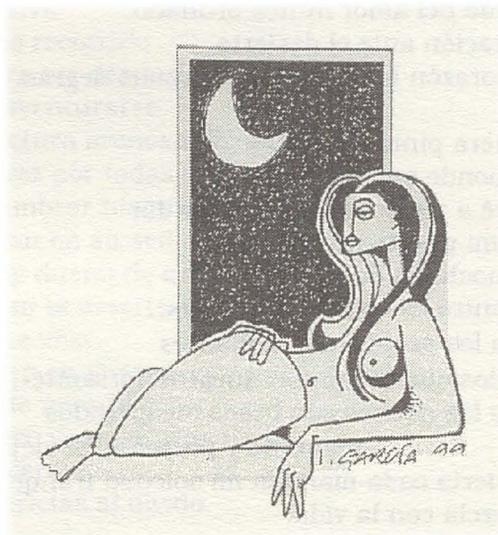
*A Faustino,  
cariñosa luz en mi oscuridad*

Afuera  
tu diluvio recién despierto,  
la edad de los tequilas,  
caminar más cerca del techo que nunca  
y convertir cada sábado  
en estética de caída libre.  
Adentro  
deshojas historias pasadas,  
el aroma del amor nunca olvidado,  
expectación ante el desierto  
y un corazón bordado con lágrimas negras.

Mi afuera pinta en gris,  
te responde que hace mucho  
empecé a tener frío de noche y día  
y que mi puerta no se abre  
ni de noche ni de día.  
Mi adentro cicatriza las heridas,  
anhela los azules más brillantes  
-aquellos que dibujaron nuestro horizonte-,  
templa las noches con besos inesperados  
recuerdo y presente de viejas caricias  
y despierta cada mañana mi soledad tranquila,  
me mezcla con la vida.

Es agradable dejar madurar el rompeolas.

De una caricia al alma  
el adentro abre todas las almenas.  
Contigo llegaré,  
tan despacio como esta primavera,  
a vivir la ternura que nos visita.



---

**JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO****TRISTÁN BEBE EL FILTRO  
AMOROSO EN PRESENCIA DE ISEO**

Llena mi copa un éxtasis de auroras,  
un caos de lujuria emponzoñada,  
un néctar de lascivia envenenada,  
de esmeraldas de amor, embriagadoras.

Lo bebo codicioso y me enamoras;  
sin límites mi boca apasionada  
apura el verde fuego, condenada  
a libar tus esencias turbadoras.

Me entrego a las manzanas de tus pechos  
resuelto a recrearme en sus primores,  
y mezclo con mi lengua el dulce zumo

que de la copa al beso van, derechos,  
mis labios destilando entre tus flores,  
en el sin par momento en que te asumo.

CARMESINA SENSITIVA SOÑADA  
POR TIRANTE EL BLANCO

No es tan blanca la espuma embravecida  
que envía el mar inquieto hacia la arena;  
no es tan blanca la cándida azucena  
que tiembla con el alba conmovida;

y no es dulce la fruta recogida  
en madurez gozosa y sazón plena,  
y no es fragante el viento que enajena  
robando mil aromas en su huida.

Más blancos son tus pechos luminosos,  
la claridad redonda en que palpitan;  
más blancos son tus muslos generosos,

guardianes del secreto que limitan.  
Y son dulces tus labios, temblorosos,  
en el beso oloroso al que me invitan.

---

**CARMEN GARCÍA-LECUA**

## UN ALLEGRO DE VIVALDI

Qué descanso no reconocer larvas  
del corazón romántico: burbujas  
que hacen ¡plaf! cuando las rozas, praderas  
demasiado lunáticas, palabras  
que emocionan al público, que hieden  
melancólicas.

Qué descanso repetir una frase  
hasta excederse,  
despreciando las imágenes, yendo  
sin principio o final, sin la dulzura  
de tenues cadencias o de películas  
en África.

Qué descanso transformarse en violines  
virtuosos.  
Sólo malabarismos con el arco  
de un violonchelo acorde con el clave.  
Sólo un allegro ajeno a otro sentido,  
sólo ajedrez jugado sabiamente.

Qué descanso la tenaz armonía  
de una pasión  
doblegada

a un orden que penetra en el desorden  
hilando tracerías de sonido  
que se pierden en sí mientras desbordan  
el orden más y más diseminado.

Como su nuevo gesto en el espejo,  
como su vida nueva al otro lado.



## JESÚS PINO

*A María Xosé Queizán*

Este parque es el mío, dijiste, y no era eso  
lo que querías decir.

O, tal vez, sí lo era,  
aunque la frase ya fuese una penumbra de mediodía  
verde o un magnolio gigante mostrando sus raíces de  
culebra.

¿Quién podría limitar la posesión de un gozo  
vegetalmente  
diluido en las palabras,  
humanamente  
gasificado en la sensualidad de su frescura?!

Este parque es el mío, dijiste, y yo entendí:  
este parque soy yo.

O, tal vez, no eras tú,  
sino el arco de hojas o la flor o la rama meciendo sus  
idiomas de patena, de torre bizantina, de antebrazo es-  
capando hacia el azul del día.

Porque ya para entonces,  
cuando la frase sólo era memoria en el escudo de armas  
de un naranjo dormido en su extravío,  
daba igual el pronombre: los tres  
éramos frutas en la humedad orgásmica del parque.

## VISITA AL CASTILLO DE CALATRAVA

*a Chines, Juan Manuel, Carmen, Clemente, Ojeda,  
Mariele, María y Adolfo*

¡¡¡Ah del Castillo!!!... Nadie nos responde.

Salieron tras las huestes y dejaron,  
ardides de la alquimia,  
las torres arruinadas, reseco los aljibes,  
desarbolada, impía la iglesia y bisojo el rosetón.

Del loco que planea sobre la mole y fingese alcotán,  
mejor es olvidarse.  
Él soporta el ensueño que teje esta mañana  
de la que, ¡al fin!, brotó el calor de julio.

Al descender del coche contemplamos, absortos,  
la imponente atalaya,  
el esplendor hercúleo de la Orden.

*(Fotografía de grupo con fondo de llanura y a un lado,  
Salvatierra. Visita al interior...)*

¡¡¡Ah del Castillo...!!!

No miréis hacia el cielo. Quedad sobre el caballo.  
Dicen que el loco tiene poder sobre los días  
y hace que el tiempo vaya  
y venga a su capricho.

---

**CASA/PALACIO DE D. ÁLVARO DE BAZÁN**

¡Decid a esa pandilla de necios escultores que salgan de mi casa! ¿Yo, Neptuno? ¿Y mi padre, Marte? ¡Qué estúpida insolencia! Echadles a la calle, al sol del mes de julio y dadles, como pago, agua salada y verde. No se merecen más. ¡Panda de gilipollas! Y luego, a esa gentuza, de amaneradas artes e itálicos pinceles, quitadles de mis ojos, que aunque viejo podría rebanarles el cuello y dar al cocodrilo fértil satisfacción de carne fresca. ¡Carnaza de maricas!

Después, limpiad los techos y las paredes. ¡Todos! Que no quede un pigmento de esta selva de trazos y pinturas. Quiero mi casa blanca, de pura luz manchega. Que tan sólo una cruz, hecha de una cureña antigua, sobre la cabecera de mi cama, sea toda la historia que me recuerde el mar.

¡Arrojad los fanales y los sucios cañones al pozo del jardín! Quiero mi casa blanca, desnuda, femenina, calladamente anclada en esta calma azul hirviente del verano. Calladamente extraña. Calladamente herida por los rumores rizos de un agua golpeada por los redondos remos del vino y del amor.

## MAR PECES

### Indiferencia

Hablo de mí, por fin, como si hablara  
de un viejo compañero perdonado.  
Sería hablar de un reino vegetal  
y entonces contarías  
cuántas arterias verdes  
salen de mi organismo  
para anudar su savia  
al anónimo arbusto del otoño.  
Y el animal gusano,  
el arácnido, rata, culebrina,  
tienen la boca rara de mi boca,  
un rápido veneno,  
un colmillo que sirve para herirse.  
Hociquea en mis sábanas el tigre,  
cuando me baño viene una medusa.  
Verás cazar al lobo  
en mi agreste costado  
y al hombre de las nieves  
huir de los fotografías intrépidos.  
Hablar de mí supone  
hablar de todo aquello que no es mío.  
Yo soy lo que tú digas,  
lo que tú quieras ver.  
Soy indistinta, informe, no soy nada,  
soy un nombre reflejo que respira.

---

**MIGUEL ÁNGEL CURIEL**

## POEMAS DE MEDIA TARDE

14.

Aunque siempre parezca el mismo poema  
no lo es -debéis pensar que esto es así -,  
en parte porque estamos conjurados.  
Yo os digo que esta es la parte  
que me corresponde, y es por eso  
que de estas tardes de verano amo  
sobre todo las más suaves.  
-Hacia finales de agosto cuando  
los higos en la mesa son como  
los corazones de mis antepasados.

15.

Buscad también en vuestras tardes.  
Haced votos -existen pocas palabras  
que estén dispuestas a reverberar-,  
existen pocos alicientes y menos  
estímulos aún; decid conmigo  
*borramos la luna de tiza.*  
Buscad en vuestras tardes  
hasta que tengáis el corazón  
lleno de esta luz.

## 16

Basta un solo atisbo de soledad.  
Muchas tardes, al flaquear, juras no tener miedo,  
pero hay tanta luz en el silencio que, a veces,  
por muy vacío que te sientas,  
no es de lo que está vacío de lo que murmuras,  
hasta que terminas por dar un paso  
y pones tu mano al sol como un lagarto.  
A veces de esa forma cautivamos en el espacio a la ale-  
gría.

No hay término exacto para esto,  
sólo es un pequeño acto de lujuria.  
Las palabras se alejan unas de otras  
hasta hacer del silencio una canción,  
y aunque sintieras ese extraño reflejo al llegar septiem-  
bre,  
aunque cada tarde la luz sea más liviana.

## 17

Son paredes demasiado blancas  
que están hechas de piedras muy duras  
-como si la lluvia te pisara las sienas-,  
el resto también es duro,  
como la luz llena de tierra,  
pero es mejor no desligarse,  
el sabor de las almendras es el de las ruinas  
y, si acaso pasas, da de ti todo lo que puedas  
hasta que no quede nada.



**PACO MORATA**

LEO TU PIEL, A VECES MARMOL FRÍO,  
cincelado epitafio que evocase  
memoria escrita de pasiones muertas.

Pluma la punta de mi lengua alzaba  
un mapa de tu dermis al recuerdo:  
los vellos pubescentes, los lunares,  
cicatrices de ataques invisibles  
al alma, a la escondida entraña, al sexo.

Tu boca abierta un frente de combate,  
un ejército diestro en la emboscada  
tus caderas, la línea de tus senos  
armadura quebrada por los labios.  
Llamas de dolor ansiado, espera  
de tu pelo venido como lenguas  
de fuego a derramar  
su don sobre la carne.

Es un tiempo añorado. Ahora duermes  
ajena tu desgana sobre el lecho,  
abarloada a mi espalda contra un muelle  
donde carga sus naves la desidia.

Suave alabastro acoge mis caricias  
fácil la palma se desliza libre,

recorre los paisajes donde hubiera  
asaltos del amor, sordas tormentas,  
mas no recoge nada, como nada  
recibe el enfermero que piadoso  
cierra los ojos que olvidó la vida.

2-VIII- 1999



**ALFONSO CASTRO****Aves en el Valle**

Diviso una paloma planeando,  
sangrando pintas  
que caen a borbotones,  
solidificadas.

Más allá veo un abejorro negro,  
emitiendo destellos verdosos,  
con los ojos rojizos.

Pliego mis párpados un instante  
y al pronto sólo veo  
la rotunda claridad del Valle.

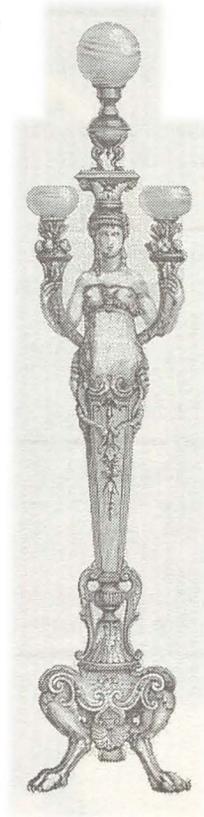
**Desde mi ventana**

De entre las brumas salió el sol,  
radiante, ondulante,  
como en una mañana impoluta  
de la infancia.

El tiempo no existe ya con él,  
el espacio eterno...

Los autos y los camiones de carga  
a través de esta ventana,  
diosa de luz,  
se desplazan como juguetes inasibles.

El pájaro pardo,  
diminuto,  
rey de los aires,  
coquetea sobre la antena,  
mirando de reojo  
mi parafernalia.



**AMPARO RUIZ LUJÁN**

Allí estaba la muerte  
entre los neumáticos, el humo de cigarros  
y trajes de chaqueta.

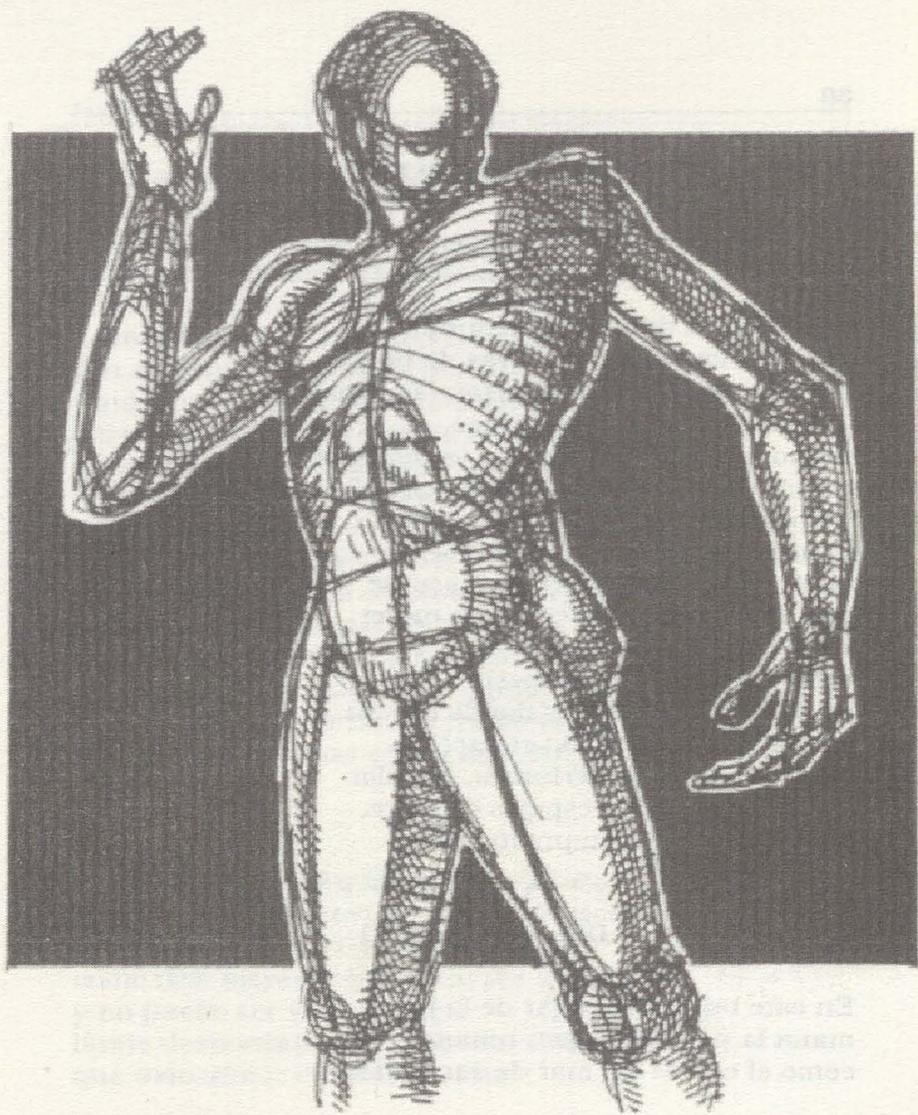
Allí estaba, entre luna y cañizos,  
girasoles, arcillas  
y en todos vuestros ojos.

La muerte lamía las suelas de zapatos,  
las camisas y cuellos bien planchados,  
los tobillos, los muslos  
y las menstruaciones.

El hada del dolor nos hechizó  
con espejismos sobre bordes de mar  
de zanjas, tesis deshilachadas,  
amor de conveniencia, de olivos,  
uñas, dientes y pezones.

Allá, en el poniente,  
el quebranto de una boca hermosa.  
Un juglar de inocencia  
errante, errante.

(Del libro *«Intenciones de Antígona»*)



I. García, 99

**JOSÉ PULIDO**

## LUNAS

Como lluvia difusa de luz lunar  
que desciende por cárcavas de noche,  
hilos de agua que despiertan las simas  
y dibujan un corazón al lago.  
Como una niña se mira en los espejos,  
inventa nombres de ocultas armonías  
y arrebatada al silencio sus metales.  
Es una flor sangrienta de pólenes  
nocturnos, una danza adolescente  
que eleva airosos cuerpos de mujer.  
La aventura de su paso sugiere  
secretos laberintos, espesuras  
de encajes y bordados donde brotan  
cálidas las rosas de la seducción.  
Noche secreta de perfumes. Por ella  
se desciende a los espejos del goce,  
al desierto que siempre lo limita.

## DÍA DE MERCADO

En este bullicioso lugar de la trata  
mana la paz del origen, remota  
como el eco de un mar de caracolas.

Los transitados anillos del mundo  
rodean su centro silencioso y en él late  
el sagrado accidente de estar vivo.  
Irrumpe el ganado, trashumante  
por la rosa cardinal de los caminos  
y envuelven la ciudad sus trayectorias  
con armoniosos giros de planeta.  
Rinden sus espumas en la orilla  
del viejo, que ofrece comida a las palomas,  
que las llama con nombres familiares  
igual que un dios cansado y bondadoso.  
El ganado, que cruzó las cañadas  
batiendo sus largas alas de polvo,  
ahora descansa a la sombra heráldica  
de las moreras: Es día de mercado  
Los hombres recitan satisfechos  
las fórmulas antiguas de la trata  
que los mugidos llevan en frescos oleajes  
y los potros saludan en los establos del sol...

**... En el centro el silencio. Su piedra**  
magnética se despoja de todos los heraldos,  
la descuidada inocencia de estar vivo  
como una moneda que corre por las manos  
y no puede ser sino entrega,  
límite desbordado hasta apurar el sentido  
que todo ofrece cuando se ama.

Vuelan hacia el río las tímidas palomas.  
Disperso otra vez va  
el secreto lenguaje de sus alas.

### SOBRE LOS HÉROES

Esta película es un viejo mago,  
al que del sombrero le escapan pañuelos,  
conejitos llenos de nostalgia  
en su corazón de celuloide.  
El hombrecillo toca su violín  
-viejo romántico de madera-  
y la chica rubia le mira con amor  
El hombrecillo y su violín, abrazados,  
un solo cuerpo, un corazón tenaz  
que el grandullón zarandea y derriba  
y otra vez se pone en pie.

Por las heridas abiertas de la risa  
brotó la añoranza de algo hermoso  
que nos fuera un día arrebatado.  
Miras a los ojos del intrépido burlón  
y sabes que allí está, en blanco y negro,  
en un cómico país  
que la lluvia del tiempo va arañando.

## EN EL CORAZÓN

En el corazón el vértice de luz  
que interpreta las sombras y separa  
los fundamentos del día,  
los hielos de la noche.  
Un átomo de mar cuyo oleaje  
desata en el cuerpo los sentidos  
con la revelación de una caricia,  
quien despierta en las formas el aliento  
con mimos de alfarero  
que eleva el barro entre sus manos  
a la sutil expresión de los espíritus.  
En el centro del amor y de lo amado,  
llama oculta en las cenizas de la hoguera  
que enciende un deséu sin memoria,  
anterior a los anales de la muerte.  
Es el corazón ruta de jinetes,  
viajero inmóvil su galope.  
Allí el escenario y el drama,  
los hilos con que se teje el tiempo,  
la clave que guarda el santuario.  
Sin el cántaro de su emoción  
se nos escapa el agua, vuelve al pozo,  
y no apagará sed ninguna.  
Sin pastor, el humo se dispersa  
por la tristeza de las ruinas,  
por las habitaciones solas.

**DIEGO GÓMEZ**

## CUANDO LLEGUE LA MUERTE

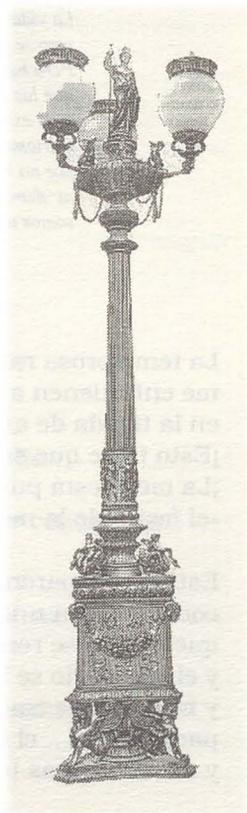
Cuando llegue la muerte,  
si pudiera gritar  
para romper las sombras  
a que se enfrenta.

¡Ay, cuando llegue la muerte!  
Si pudiera llevarme  
el color de las rosas con su aroma,  
las gotas de rocío de una mañana.  
Si pudiera llevarme la sonrisa de un niño,  
la mirada de un hombre con la espalda encorvada.

Yo quisiera llevarme,  
cuando la muerte llegue,  
el amor de unos labios  
cuando besan y callan,  
la pasión del que quiere y,  
a escondidas, se abrasa.

Yo quisiera llevarme  
los besos de una madre,  
el abrazo de un padre  
cuando llora sin lágrimas.

Yo quisiera llevarme,  
cuando la muerte llegue,  
las cadenas que atan  
las palabras del pueblo  
cuando besa la escarcha.



**IAN ROBERT MACKINNON****Pensando en Eurípides**

*La vida de los humanos es toda miseria  
y no se pueden librar de sufrimientos.  
Pero hay algo más grato que el vivir  
que las tinieblas cubren, ocultándolo entre brumas.  
Y de eso que reluce en las profundidades,  
ciertamente nos encontramos como enamorados sin suerte  
por no haber contacto con esa otra vida  
ni demostración de lo que está escondido:  
somos arrastrados a la deriva por cuentos.*

**Hipólito**

La temblorosa rata y la boa dormida  
me entretienen a la hora de comer  
en la tienda de animales de compañía.  
¡Esto tiene que ser parte de un algún juego divino!  
¡La mesa está puesta  
-el festín de la muerte en una jaula de cristal-!

Estas transparencias iluminan la escena  
como si fuera una burbuja resplandeciente y trémula  
que pronto se rompería  
y el escenario se llenaría de música celestial  
y milagros de transformación  
para revelar... el error de nuestros padres  
y otras trágicas irrelevancias.

¿Quién inventó el juego  
y por qué estoy obligado a jugar?  
Hoy ganas, mañana pierdes.  
El dios de los naipes baraja las cartas.

Agarrados a una cadena de plata  
erramos de cuento en cuento  
oyendo el sonido de cencerros  
en el aire.

### El cometa

Para la ciencia todo está muerto.  
Para mí todo está vivo.

Para mí el cometa existe en pinturas  
y en la poesía:  
una especie de estrella fugaz espectacular  
cargada de implicaciones humanas  
-acontecimientos excepcionales que nos conciernen-.

Pero, para los científicos  
un cometa es una masa de gases y hielo sucio.

¿Cómo es posible conciliar  
este desdoblamiento de nuestra experiencia?

Me refiero a la materia de Whitehead:

la mesa para mí  
y el enjambre de átomos para los físicos.

Hoy en día todo está desdoblado:  
la realidad y la realidad virtual,  
la música y las grabaciones,  
lo físico y la imitación de lo físico  
-algo que parece lo mismo,  
o sabe lo mismo,  
o siente lo mismo- o casi.

Seguramente el doble es falso.  
Seguramente esta cultura es un engaño.

## **Sherlock**

La historia detectivesca  
es una forma literaria renacentista  
que desarrolla el análisis  
a límites sherlockianos,  
constantemente interiorizándose,  
descubriendo secretos.

Con su lupa  
Sherlock aumentó la imagen  
y vio lo que ojos mortales  
jamás podrían ver.

Con su telescopio-microscopio  
vio un universo de culpabilidad  
antes de huellas dactilares,  
antes de pruebas de ADN,  
antes de cámaras en la calle.

## **La mentira**

¿Debería culpar al sol?  
No mintió el viento;  
no mintieron las colinas.

El halcón en su inocencia de Naturaleza  
encontró su comida  
-los gritos de los niños  
que no pidieron nacer,  
que no pidieron morir-.  
El halcón no mintió.

Las sombras intentaron avisarme:  
yo vi las torres que se alzaban de la mar,  
yo oí los augurios de los pájaros.

Mentiste tú.

## Los muertos vivientes

Como un suicidio fallido que arrastra su existencia  
esperando que la sencilla Naturaleza siga su curso  
tanta gente soporta la monotonía  
de sus rutinas sin sentido.  
Hacen todo lo imaginable  
para pasar el tiempo  
agarrándose a la vida un poquito más.

O años, o décadas  
para acabar débiles, decrepitos,  
babeantes seniles  
constantemente quedándose dormidos,  
constantemente molestando al médico.

Invadidos por la imaginación pura  
viven en un pasado de sueños  
y, fuera de contacto,  
en un presente de sueños.

Gruñones soñolientos,  
sólo el aburrimiento y la ansiedad  
les perturban.

## **El desierto de hielo**

Las rosas florecían aquí  
y las gacelas se acercaban a beber  
y nadie las molestaba.

Los leones estaban ocupados  
con otros asuntos  
pero ellos también venían a beber.

Los pájaros descansaban en los árboles.  
Me despertaban por las mañanas.

La lluvia siempre era bienvenida:  
dulce y suave  
ayudaba a mi pequeño oasis.

Construí una casa.  
Ahora es una ruina donde viven los búhos.  
¿Quién puede culparlos?

Las estrellas se ríen de mí.  
Las gacelas miran por otro lado  
y los leones se han ido;  
los pájaros han olvidado su música  
y los árboles están vacíos.

Éste es mi jardín de maleza,  
éste es mi desierto de hielo.

**ELISA ROMERO**

**hoy me duele la boca de silencio,**  
de silenciar la anémona  
y el pez,  
de callar el invierno  
en la sangre morada de violetas  
precipitadas yemas  
del almendro;  
hoy me duelen los ojos  
de soñarme yo misma  
en otro sueño;  
y me duelen las manos y los labios,  
de frenar la caricia  
en los huesos enfermos  
y el beso  
en el temblor  
de ese miedo a empezar a ser bastante;  
hoy me duelen las piernas  
imantadas al suelo  
de los muertos  
y las alas,  
que rompen sus membranas  
contra rocas sudarios de fantasmas  
dibujando cantiles  
en mi vuelo;  
hoy me tiendo desnuda

en la palabra  
que todavía nadie ha pronunciado

y  
  l  
  a  
  s  
    p  
    l  
      u      s  
      m      i  
      a      g      c  
      s      u      a  
          e      y  
          n      e  
                  n  
                  d  
                  o

**se ha derramado**

un vino de jilgueros  
en los bordes  
pardos  
de noviembre

ávidas garzas  
liban la miel azul  
del crisantemo

y has sentido  
en los surcos de tus labios  
la tibieza  
de febrero remoto  
confundida  
con un agua de alondras  
muertas  
bajo el brezal

#### POETAS DE SILENCIO

en ese gesto cauto... furtiva  
la mirada casi lluvia, mintiendo  
de indiferencia y de distancia  
en la proximidad de una palabra  
que no dice  
lo que dice con su voz;

*(habíamos vuelto a ser adolescentes  
entre sombras de invierno aquella noche...)*

en ruidos cegadores... contenido  
el roce tartamudo, luz hiriendo  
gargantas asfixiadas, lenguas ávidas  
lamiendo crisantemos de arena, flo-  
res de agua rezumando  
su sed blanca de magnolias,  
lentamente.

*(...destellos de penumbra perfilaron  
las esencias de un tiempo sin perfiles)*

en esa obstinación por excluarnos  
de lo cotidiano y lo corpóreo  
-jamás incorporarse a la rutina  
de un cuerpo agonizando entre los otros-  
ahogarnos el anhelo  
de un colibrí de viento batiendo fue-  
gos verdes a la luna,  
y el grito  
-poetas de silencio-  
en el silencio  
de lo que aún nos queda por callar.

**si la araña ten-**  
**sa** sus hilos  
y el escorpión se agita,  
la abeja sabe  
que ya no queda miel en el panal  
y brinda su muerte a la vida  
exprimiéndose ella  
derramándose misma  
sobre la flor.

**el alma es lo que queda detrás de una sonrisa**

enredada en la urdim-  
bre telar de soledades;  
el alma es la otra vida que se ha colado en ésta  
porque sabe  
que no puede esperar, que  
el tiempo se termina y tie-  
ne que vivirlas a la vez a pe-  
sar de los otros a pesar de  
ninguno a pesar de  
ellas mismas;  
el alma es lo que queda detrás de una mirada  
encima de la vida o  
puede que debajo o mejor fue-  
ra o dentro acaso  
o nada ya, quizá

**un corazón de piedra sensitiva**

cincelada  
por verdes dedos de algas y de sal

unos ojos profundos de profunda  
mirada

alta en la meseta, hundido el  
tiempo en surcos oleados de agua seca  
y rota y dura y parda y polvo,  
y lágrimas de luz

el perfil contra auroras de pétalos  
azules  
y ocasos a jirones de malvas  
derramadas  
    en los charcos de sombra del anochecer

áspera piel de tierra de bravura  
erizada en nostalgias  
de días que ya fueron  
o no, a lo mejor

el alma de madera templada de  
jazmines ar  
    diendo soledades de sándalo  
enarcado el silencio  
en sus alas morenas  
y llorando  
palmeras ahogadas  
en el fondo de azogue de espejos insondables  
soporta zarandeos  
de azares de fantasmas  
y de monstruos de espuma,  
aferradas las manos  
a barrotes de arena  
y a las plumas de viento de una ola

ensarta en sus pestañas a la Luna  
clavándose en los párpados en la  
lengua en el pecho en la gargan-

ta rejones de cielo  
sostiene entre sus manos  
la redondez del Sol

camina en cuerpo erguido  
por heridas abiertas en pedazos  
sobre cadáveres de  
risas de metal,  
borbotones de sangre  
bajo los pies los dientes apretando el dolor  
hacia la entraña  
pero andar andar an-  
dar. Andar hasta la hondura

firmes huellas de fuego  
en las dunas de mar

**JORGE BERENGUER MARTIN****BLANCO**

## ROSA DE JERICÓ

Llegaste. Apenas me sabías  
a labio y belladona.  
Mis costados chorreaban  
voces de amarilla sombra,  
voces de lontananza.  
Apuré cada silencio  
a arcadas de fría estopa,  
a sorbos de encrucijada,  
sin juzgar que una mimbrosa  
calandria era mi canto  
de hiperestésica flora.  
Entraste. Apenas como un aire  
de rompe y rasga en mi copa  
colmada de las colmenas  
de tu cordial miel canora.  
Pero yo callaba porque  
era una abeja en tu boca,  
balbuciendo el fresco néctar  
de tu música olorosa.

## PASIÓN DE LEERNOS

Tajo por los plateados candeleros  
del estremecimiento caudaloso;  
Puente de San Martín  
que por sus herrumbrosos hombros  
de arrojar sollozantes estrellas  
fugaces no cesa;  
Cíclope Tarpeya que a los que arden  
en la azucena de su noche intimidas.  
Oh orillas nunca mías,  
que de mí salisteis  
y por vez primera os reconozco,  
playa de su cuerpo ufano,  
¡gramínea ave nocturna!  
¡Nívea arena, revolcándose,  
junto a dos mutuas tristezas  
que litigian por amarse!  
Los dos, fosforescencia de las velas celestes,  
el firmamento como irreductible  
vino del desvarío,  
como manantial de la hogaza sexual:  
honda y linde, de tu materia surtiente.  
Tú bastas -¡Sobrevives al mundo!-  
para animar el total paisaje,  
la plena naturaleza,  
pendiente de tu antojo.  
Como negádonos por la misma alma,

nos encontramos un sesgo  
de vista no visible,  
una desesperadora gota de grito  
que nuestros desalientos enjague  
en la estación de la estrella del buen tiempo:  
tú, puente derruido que apega  
su raudal a mi cauce herido;  
yo, ángel de las desolaciones  
que sesga sus estragos  
con tus corales salvadores.  
Me esparcí, entonces, por el pensil  
de tus estelas,  
ya ni tú ni yo: Nosotros:  
luctuosos de galaxias,  
de apeiron constelados,  
nebulares en las druídicas antorchas  
del objeto y su fabuladora sementera  
porque ellas de hálito la corporeidad  
nos infunden, y a ellas las fundimos y ungimos  
en el esclarecedor ocultamiento de su faz, cristal,  
salvaciones,  
logias de palomas leonadas  
y draconales delfines,  
deglutiéndose, engulléndose,  
así en la tierra como en el cielo,  
así como en página mía desleerte,  
así como en el incendiario acuario  
de tu nunca nombre desangrarme,  
para alcanzar a leer, ¡a leernos!

en la ceguera de los babélicos desvelos,  
la analfabeta ceguera, himno de tu nombre,  
blanco que te es: desandar la palabra,  
lo velado caminar: charco de todo lo  
nombrable: silencio: nuestro nombre.

#### A LOS QUE VIVEN

Socorro a los que vienen de la vida  
porque están vivos y han muerto.  
Penden de las manos rastros,  
que son tiempos y solos  
-rumbos, sediciones, traiciones-,  
linternas de azucena lacrimosa,  
mimbre de un abrazo desembarazado.

Ella llegó. Llegó ella y tan siquiera  
nadie la embarcó, vivaz veleta,  
en el velero de su vista  
mas, luego, abarrotó  
de nadie sus palomas, las fiebres.

Ella llegó, sí, dicen que llegó,  
turbia de llamaradas náufragas,  
por el otoño embestida,  
engalanada de lloros.

Los arribos, sus ruinas, jugaban

a ensortijarse en sus ojos  
y ellos, por su parte,  
jazmín templando el miedo,  
al fuego se reunían en torno  
para relatar caídas y salvaciones,  
las cruzadas o crucifixiones de cada día,  
de cualquier día, de alcanzar el siguiente día.

Llegó y se asomó a su llanto  
tan pura como almendra del alba,  
tan cálida como la fresca vulva alada del sueño.

Estallido. Entrechocar de pupilas.  
Un golpe de noche que la sorprendió  
y cogió por estremecimiento,  
y se quebró, desbandada de amarilla lluvia,  
en el turbulento deshojar de sus lágrimas.

¡Caen, caen, caen resbaladizas azadas  
que son sollozos!  
¡Caen, caen, caen como latir de palmas,  
como navegaciones al acantilado!  
¡Árbol espumoso del náufrago!

Socorro a la que viene del acabamiento  
porque anduvo viva y se desvive ahora.  
Pregunto cómo se encuentra,  
abundo en las ateridas zarzas del encuentro,  
enjuugo su llanto con mis ojos de exterminio,

reconstruyo su cuerpo a cada beso,  
con las ruinas por viento en el cincel de los labios,  
rosal verdecielo de la ola,  
ola de germinaciones y canto,  
ola de gemido azafrán y laureles de sol,  
oro cereal donde se interpreta  
el mundo: porque llegó.

Llegó como la salina apoteosis  
de cada lágrima como niña,  
llegó como los poderosos cascos  
devorando la tierra en su carrera,  
llegó como tronante tormenta  
de sus pétalos despojándose  
hasta trazar la raíces de la taciturnidad  
con la corola de hojas secas  
que representa la remembranza.

Llegó, sí, dicen que llegó,  
llegó a la vida y nadie lo supo.

---

## JOAQUÍN COPEIRO

### SÓLO DIOS ES DIOS

También este verano,  
y ¡cómo no,  
si eternamente hace lo de siempre!,  
ha pegado un portazo  
y se ha ido tal vez a otra galaxia,  
otro misterio,  
de vacaciones:  
¡pobre!,  
cansado como está de ver su engendro,  
¡qué mal que le salió, maldita sea!,  
ha dejado el pudor  
perdido entre las piedras de Turquía  
o bajo los escombros atenienses.

¡Ah, la tierra tembló, es la verdad,  
y varias veces;  
sin embargo,  
*los monumentos de la antigua Grecia  
no fueron afectados,*  
y es un consuelo!  
¿O es pura vanidad,  
la de decir  
*ahí las tenéis:*

*son las huellas podridas de unos dioses  
necios para los necios,  
porque os advierto  
que sólo Dios es Dios, que quede claro,  
inescrutable, pues, en sus acciones?*

*¿Y qué nos queda ahora?,  
grita la madre  
tras el velo enlutado de la pena;  
¿buscar a nuestros muertos  
y darte gracias, Dios, no sé por qué?  
Pero es tan formidable este dolor,  
que sólo Tú consuelas mi alma hendida.*

*¡Que sólo Él consuela su alma hendida!*

Me olvido del teclado  
y bajo al parque.  
Un tipo con bigote, barba y ojos redondos  
le pega una paliza al perro  
porque se le ha hecho pis en el zapato.

*Hay que enseñarlos, mire usted.*

El animal se escapa, al fin, aullando.  
Luego, el tipo lo llama y él acude,  
el rabo entre las piernas,  
la cabeza agachada, hocico en tierra.  
Le da el tipo la mano y él la lame.

Escupo contra el suelo:  
*somos un poco perros*, yo me digo,  
y Dios el amo.  
Sigo adelante.  
Una nube por un momento eclipsa  
la hostia nacarada de las doce,  
y la sombra me cubre el territorio.

¿PERO EXISTE, VIVE DIOS?

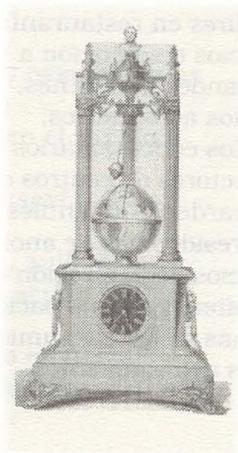
Sólo hay una razón  
que podría prestar fe a su existencia:  
la misma que conduce a concebir  
gerentes en hoteles  
o *maitres* en restaurantes;  
servicios de atención a los clientes  
en grandes almacenes,  
o en los aeropuertos,  
o en los concesionarios de automóviles;  
inspectores de centros de enseñanza,  
de guarderías infantiles  
o de residencias de ancianos;  
servicios de inspección en hospitales,  
o de atención a los pacientes;  
oficinas de los consumidores  
en los ayuntamientos,

o en las consejerías de las comunidades;  
defensores del pueblo,  
o del menor,  
o del lector,  
o del oyente  
o del espectador;

la misma que da pie  
a proferir en los cuarteles:

*Oye, tú, las reclamaciones  
al maestro armero. ¿Vale?*

Que está esto tan mal hecho,  
que, ¡coño!, digo yo  
que debería existir alguien  
a quien pudiéramos pedirle  
el libro de reclamaciones.



---

**GONZALO MELGAR DEL CORRAL**

## TIEMPO Y MUERTE

**1**

Desde aquí, a veces, pienso:  
cómo se verá el tiempo,  
el férreo, inexorable,  
relojero y contante  
tiempo nuestro,  
desde el regazo madre  
de Dios,  
desde sus olas,  
desde el Mar rutilante de su tiempo.

Aquí en la oscuridad  
sueño con el latido  
en que seré contigo,  
navegante en tu seno.  
Ansío el fugaz cierre de tus ojos  
que marcará otra vez  
mi nacimiento.

**2**

El límite es la costa  
donde las realidades se entremezclan:  
Tú impredecible mar, cambiante, eterno;  
yo roca; yo materia que trabaja  
el cincel de tus olas amorosas,

abriéndome en abismo acantilado  
o volviéndome arena en mansa playa.  
Tú me diluyes, Mar, desaparezco...

### 3

Caminar sin un rumbo  
por esta ciudad extraña, hecho extranjero,  
se me asemeja acaso a vivir:  
a veces una esquina, una calle, una manzana  
tienen un aire amigo, parecen recorridos  
antaño, en otra vida (es decir, en la vida  
que habité en el pasado).  
Y otras veces  
mis pasos en la acera silenciosa  
premonicionan daño, tragedias venideras.

Pero, en otros momentos perfectos, lo consigo:  
escucharme los pasos netos, como latidos,  
mirar a cada lado y ver las cosas  
con un gesto instantáneo pasar hacia detrás  
desde la nada oscura del futuro  
hacia la niebla densa del pasado.

*(Tegucigalpa, un instante de julio de 1997)*

### 4

Incluso me exilio de mí  
para ser otro, eso sí, revestido  
de un cuerpo similar que me recuerda,

de una mente que vaga íntimamente  
por las mismas rutinas de sus gestos,  
por los grises corredores de esta casa  
que habito para siempre adolescente,  
con su patio, retal de noche insomne,  
donde a veces despliega la luna inopinada  
una escala traslúcida a los cielos.

**5**

Por qué habré heredado  
todo este equipaje, este bagaje  
mental y rutinario. Este florero  
que no encaja en mi cuarto de estar  
vivo. ¿Por qué te fuiste?  
Por qué no puedo ser como ese muerto  
que soy, perdón, que fui, acaso, antaño.

**6**

Hacemos de la vida una resta dolorosa.  
Una sinfonía  
a la que le contamos  
las notas que le quedan.

«Cada día  
una palada de tierra  
que nos echan encima.

Tememos que una de ellas  
nos tape para siempre las pupilas».

**SONIA TARDÍO LEDESMA**

## «POESÍA ROBADA A UN ALMA»

No supe sentir el dolor a tiempo  
cuando quise llorar con rabia.  
Seca la flor temprana de los pensamientos  
en mis manos quedó la esencia de sus versos.  
En pos del sufrimiento vagué loca  
la estela de lo bello rozaba mis fríos dedos.  
De sentimientos rajada mi piel desnuda  
se helaba el bosque en mis sueños.

El sol perezoso en la gélida mañana  
me pintaba sonrisas de hielo,  
mujer preñada de negros versos  
castigada a vagar en este mundo  
con corazón, vieja en juvenil cuerpo,  
siempre atada a sufrir las grises dudas  
al tiempo que sus manos daban forma  
a la tela de araña que cuaja su interior.

¡Ay, belleza nacida del dolor!  
Destrozas mi alma y la vuelves a ofrecer  
a un corazón hambriento siempre  
de nuevo y eterno sufrimiento.

---

## JESÚS RUBIO

### EL PAÍS DE LAS MUJERES CALLADAS

(II)

Camino de la plaza, Ana recordaba a su hermana, Dolores, desangrada en su segundo parto.

«Las sábanas se tiñeron de rojo».

Una frase que ya todos en el pueblo repetían.

Ana, en la calle de las Tres Cruces, pensó en su sobrina, que no llegó a conocer ni a su madre, ni a su padre, ni a su hermano: su cuñado la dio en adopción a una familia de la capital.

¿Qué sería de ella, ahora?

-Dolores, si te vuelves a quedar embarazada, no sé qué puede pasar.

Don José, el médico, no pudo ser más claro.

Pero su marido la preñó y Dolores, que aquel año del anónimo, hubiera cumplido treinta y dos, reposaba bajo la tierra.

-¿Qué le van a hacer?

La pregunta de la mujer casi se perdió entre los alaridos de la Aserradora.

Ana había acudido allí, como muchos días, a fabricar

asientos de anea para las sillas.

Todas callaron.

Sólo la máquina, que devoraba eucaliptos, hablaba.  
Con estruendo y violencia...

La mujer insistió.

-¿Qué van a hacerle?

Todas la miraron.

En los ojos de la veintena de mujeres calladas de la Aserradora que, con manos deformadas por la escarcha de muchos noviembre, trezaban con destreza los asientos de anea, se mezclaban la sorpresa y la ira.

¿Cómo podía preguntarlo?

¿Es que acaso no estaba en el mundo?

Nadie respondió.

Así se espantaba el fantasma de la negra certeza que se cernía sobre el pueblo.

No por callarse se evitaría, pero decirlo era como apretar el gatillo.

Y nadie quería ese peso sobre su conciencia.

La mujer sintió cómo las miradas de las demás la desnudaban; ella dejó el asiento y se frotó los brazos.

Por fin, una de ellas habló:

-Este año tampoco habrá buena aceituna.

Como si aquella frase hubiera sido una orden, cada una de las mujeres volvió a lo suyo, aunque, de vez en cuando, las más jóvenes del grupo levantaban con levedad sus ojos para observar a aquella mujer que, desde luego, no estaba en el mundo.

La noche se puso su chambra de escarcha y, mientras zurcía los guantes con los que Manuel desafiaba al viento, allá, junto a la veleta, Ana pensó en el muchacho. Mientras ella remendaba, como tantas y tantas noches, él se enfrentaba a sus últimas horas. Meneó la cabeza y tragó saliva. Pensó en los padres del chico, muertos en la guerra. Al menos no lo verían. Ellos se salvaban del peso de las horas que restaban hasta el amanecer. El último amanecer.

Estaba a salvo.  
Su hija ya estaría en el Cortijo Amarillo, con su abuelo Miguel.  
A salvo.  
Del odio y de la muerte.

Ana pasó junto al Casino.  
Micaela frotaba con fuerza el suelo de la entrada: la sangre no se dejaba quitar.  
Se santiguó y apretó el paso.  
El pueblo estaba silencioso, como corresponde a un pueblo sin niños.  
Pero ellas habían hablado el día anterior: sus hijos estaban limpios, no vieron lo que les pasa a los que hacen cosas malas, como era el deseo de tres señoritos.  
Los señoritos y su justicia.  
Las mujeres hablaron.

Sus voces fueron claras.

El corrillo de mujeres congregado a las puertas de la Aserradora sólo romía su coro de susurros para mirar alrededor, en busca de visitas no deseadas.

Cuando Ana llegó, el corro se abrió.

La más joven del grupo se dirigió a ella.

-¿Te has enterado?

Ante su silenciosa negativa, la muchacha, cuyo pelo castaño, largo, tapaba los rastros del hambre en su rostro, decidió revelar el secreto.

-Don Manuel se marcha del pueblo.

Eso sí que era una noticia: don Manuel, el sacerdote se iba.

Manuel, su marido, siempre tan metido en las cosas de la Iglesia, con esa devoción tan grande por El Amarrado, no le había dicho nada.

Y eso era porque no lo sabía, luego don Manuel había decidido irse de la noche a la mañana.

La joven, la única que hablaba en aquel corro de resignación, bajó más la voz.

-Le pidieron que vendara los ojos del muchacho y él dijo que no le vendaba los ojos a ningún cristiano, y menos a uno que iban a matar como sólo se mata a los perros. Ellos respondieron que de eso se trataba, de matar a un perro y a un ateo, y no a un cristiano. Don Manuel se encerró en la sacristía. Y se va, don Manuel se va. Lo ha dicho don José, el médico, en casa de mi prima Rafaelita, la de la calle San Francisco.

Don Manuel nunca había comulgado con ellos, se dijo Ana.

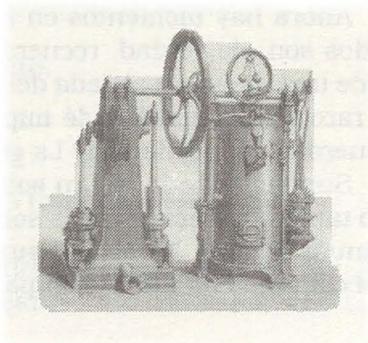
Ni ellos con él.

Las voces del frío de noviembre resonaban por las calles y callejas del pueblo.

Todo el peso de la fatiga, el hambre, el dolor y el miedo empañaba los ojos de las escasas mujeres que subían, como Ana, a la misa de ocho en Santa Ana, cuyo campanario, de un blanco puro por la locura de un hombre, retaba al cielo. Su hija, aquella niña que había heredado los azules ojos de su padre, jugaba ya, ajena a la sangre y a la venganza, en el corral de casa, al amparo de la parra. Ella se había salvado.

Como todos los niños.

Se embozó la toquilla y apretó el paso: no quería llegar tarde a la última misa de don Manuel.



## SUSANA BÉJAR SÁNCHEZ

### LA LEY DEL PRESENTE

Viajar en el tiempo con la mente puede resultar peligroso. A veces es una salida. Depende. Todo va regido por la ley del presente. Si esa ley es favorable, es peligroso. Pero, a veces, es una salida.

Me resulta extraño recordar. En ocasiones creo que ya no me quedan recuerdos. Algunos, abandonados por despecho, otros, olvidados por lo débil de esta mi memoria. Supongo que el no poseer ya apenas recuerdos proviene de mi memoria. Mi ya vieja memoria. Creo que ella ha vivido más que yo. A veces tengo la sensación de que ella guarda secretos que yo desconozco, imágenes que yo no viví. A veces me veo en lugares que yo no creía conocer. Me resulta extraño recordar.

Ahora hay momentos en los que dudo si mis recuerdos son, de verdad, recuerdos o recreaciones propias de una mente ya alejada del mundanal ruido. No es algo raro que la soledad dé impulso a la imaginación. ¿Recuerdos o imaginación? La gran duda.

Supongo que mi retiro solitario no me ha beneficiado tanto. Pero era la única solución. En eso no dudé; continuar o parar. Parar, por supuesto. No, si esta casa no tiene la culpa. Ella sólo me ofreció lo

que podía; soledad. Y yo lo admití. Era lo que quería. El pasado es ameno, si lo recuerdas con gratitud. Pero puede ser también tormenta sobre una débil mente.

Cuando uno empieza a notar fantasmas del pasado, al principio cree que eso le provoca un «continuar». Pero al principio. Poco a poco esos fantasmas te van acercando a su mundo. Y llegas a quedarte en él, si te gusta. Si no te gusta, también. Es en ese momento cuando te sientes en una cárcel en la que los barrotes están contruidos a base de hechos pasados. Y en esa cárcel buscas la huida y sólo encuentras respuestas de aquello que te guía o te abandona:

-Y, ¿por qué?

-Porque así lo quisiste.

-Sólo quise recordar.

-Añoraste el pasado.

-Recordé viejos momentos, buenos momentos.

-Echaste de menos tiempos pasados.

-Y, ¿qué hay de malo en eso?

-Añorar es desear revivir; es querer regresar.

-¿Y mi presente?

-Este es tu presente.

-Yo no soy así.

-Antes eras así.

-¿Antes?

-Tu pasado hoy es tu presente.

-¿Dónde estoy?

-En el pasado; sujeto, atado a tu pasado.

-Dime, ¿quién eres?

-Tu pasado.

Sí. A veces el pasado parece hablarte. Parece querer decirte que nada conseguirás si no cuentas con él. Yo añoraba el ayer. Buscaba algún rastro que me devolviera gestos antiguos, viejos pensamientos, lejanas esperanzas. Quería volver a soñar con el futuro que hoy era presente. Es curioso ver cómo a veces es preferible soñar a vivir lo soñado.

No, si esta casa no tiene la culpa. Yo la elegí. Fue mi decisión. Yo tengo el mérito y la culpa. Ambas cosas. El mérito de haber logrado esta soledad que tanto anhelaba en búsqueda de momentos de recuerdo. La culpa de haber encontrado tanta, demasiada soledad, una maldita soledad que, poco a poco, me iba venciendo en su lucha por dominar mis ideas y mi persona.

Empiezo a arrepentirme. Pero no me equivoqué. Quería silencio, buscaba tranquilidad en medio del caos. Anhelaba tiempos pasados. Tiempos mejores. En el mundo, en la vida presente, me encontraba fuera de lugar. Notaba cómo todos me miraban. Y, al mirarlos, yo veía a seres del pasado. Veía a niños que creí futuros compañeros. Veía a sus madres y creía ver a las de mis amigos. Veía calles con remodelaciones que yo no reconocía. Para mí, todo seguía igual. Pero nadie compartía mi opinión. Es más, todos iban contra ella.

Fue así como llegué a sentirme en un lugar y tiempo extraños para mí. Me sentía como recién llegado al futuro. Yo no pensaba como los demás ni los demás como

yo. Era yo el que sobraba, no ellos. Ellos vivían su tiempo. Yo debía vivir el mío. Y el mío no era el suyo. El mío lo tenía que buscar y yo sabía dónde. Y ese dónde estaba en esta casa.

Esta casa. La pobre. No tiene la culpa. Yo la llené de risas y llantos pertenecientes a otro tiempo. Ella ahora era un santuario de lo ya vivido. Amigos, celebraciones, familia, novias de juventud. Todo recogido en objetos, ya tan obsoletos como creo que he llegado a estar yo; fotos con figuras de personas, algunas ya desaparecidas y otras quién sabe. Todo me recuerda a algo o a alguien.

A veces creo que esas personas vienen a visitarme. Es como si las notase a mi lado. Y eso llegó a ser insoportable. El recuerdo es aceptable. Los fantasmas, no. Es verdad que las visitas fantasmales me ayudaron a recordar; me recordaron que ya no están aquí esas personas. También me advirtieron; me avisaron que, poco a poco, yo también me estaba alejando de aquí. El problema era que, si me estaba alejando, adónde estaba yendo, adónde me estaba llevando el pasado.

Ya era insoportable. Por momentos los recuerdos iban desapareciendo ya sea por mi ya cansada memoria o por un acechante «querer olvidar». Al mismo tiempo, el futuro me lo estaba hipotecando. Me lo estaba «jugando». «Jugaba» con el pasado a que yo podría vivirle aún en el presente y en el futuro. Pero él me estaba venciendo. Me retenía a su lado. Cierto era que yo no quería vivir el futuro que me correspondía, pero sí quería uno

basado en momentos lejanos, unos momentos que él estaba haciendo cada vez más y más lejanos.

La casa ya era insoportable. Mirara donde mirara, en cada rincón aparecía otro yo; un yo que ya viví. ¿Cómo era yo ahora? Ni siquiera había espejos; no quería ver el rostro de aquél que tuvo otros días anteriores. No había televisión; me conformaba con recordar viejos programas comentados y criticados al día siguiente entre amigos. No había revistas ni periódicos; vivía una y otra vez las noticias que conocí en su momento. No había relojes; en aquel lugar nada avanzaba, tampoco el tiempo.

No había vida; mi vida ya la había vivido. Mi vida ya había pasado y, ahora, sólo quedaba recordar. Yo ya no era una persona viva; era un recuerdo vivo.

Yo era la viva imagen del ayer. Apenas salía a la calle por no encontrarme con algo o alguien que me avisara «¡eh!, oye, que eso ya pasó». Para mí nada pasaba; todo volvía.

Y volvieron las personas, los amigos, aquéllos con los que compartía todo. Volvieron los recuerdos de momentos tan agradables. Incluso me llegué a sentir acompañado; antes lo estaba siempre. Acompañado de aquello tan maravilloso...

Olvidé los malos momentos. Y ese fue gran error.

Me sentía fuerte, seguro de poder elegir el pasado, dominarle. Podía decidir qué recordar y mantenerlo vivo si me agradaba. Pero olvidé que todo lo bueno tiene su lado contrario. Y ese lado contrario era general para todo. Era algo que todos los recuerdos tenían en común;

no los podía «tocar». Era como si mi cuerpo sobrase; vivía a través de la memoria. Con ella me veía en otro tiempo pero, ¿y mi cuerpo actual?. No me servía para nada ya. Pero yo no quería eso. Quería ver mi cuerpo en aquellos momentos. No podía, claro. Veía amigos con los que quería ir, como antes, a reunirnos en el parque. Y no podía; sólo podía recordar cómo íbamos al parque. Quería hablar con mis padres. Y no podía; sólo lograba acordarme de cómo ellos me escuchaban. Quería volver a besar a Sonia. Y no podía. Ya no podía.

Ya era insoportable. Y tuve que tomar la decisión. Me dolió. Sufrí como nada me podía haber hecho sufrir más. Volví al mundo que me correspondía por ley; volvía al presente de nuevo. Empecé a intentar comportarme como esa ley me imponía. Porque, para mí, era algo impuesto por reglas. Poco a poco no me miraban como algo extraño caído del cielo. Y poco a poco yo no les miraba como algo lejano a mí. Pero era complicado. Era casi como volver a nacer pero con pleno conocimiento. No es que me encontrara totalmente a gusto, pero sí en proceso de estarlo. Estaba convencido de que lo lograría.

Creo que la casa ya no existe. En su lugar se elevan lujosos edificios cuyo entorno se aleja mucho del anterior. Parece como si ahora se hubiese simulado el Paraíso; enormes jardines, modernos y cuidados parques... Muy atrás quedaba aquel suelo mezcla de piedras y arena. Pobre casa, si ella no tenía la culpa. También a ella le han impuesto la ley del presente. Para ella esa ley suponía desaparecer. Al menos para mí, no.

Yo sigo aquí. Se me dio la oportunidad de continuar. Y, menos mal, me di cuenta. No sé si he de dar las gracias ni a quién. Pero sí he de estar agradecido. Y he vuelto a ver el pasado, sí. Y, esta vez, sí lo he podido tocar. No, no he vuelto a lo que llegué a ser. He vuelto a ver a amigos que creí no encontrar. He recordado con ellos. Eso, recordar. Y nada más. He aprendido de ellos. Me han enseñado que sí, hay que recordar, pero no vivir en el recuerdo, que está bien ver el pasado, pero viendo, al mismo tiempo, cómo cambian los tiempos, cómo con ese cambio cada uno llegamos a donde queremos. Y yo, antes, no estaba llegando a nada.

Ahora ya no me siento obligado por esa ley. Ahora me siento libre y capaz. Libre de las reglas de un pasado fantasma. Capaz de vivir un presente seguro y un posible futuro.

La casa no pudo lograrlo. Pobre casa. Ella no tenía la culpa.

---

## JOAQUÍN COPEIRO

### ENTRE LAS FUENTES DEL REAL SITIO

Cuando finalmente levantó la bandera, se sintió otro hombre, porque todas las miradas convergieron hacia él, y aquellos miles de personas se fueron arremolinando en derredor suyo, esperando su señal, su primer paso, para seguirlo, como un dinosaurio domesticado, a través de los jardines.

Hacia tiempo que no se tenía por alguien importante, capaz de arrastrar masas enteras tras la estela de su sombra. Es verdad que nunca se hubiera imaginado líder de masas vestido de guardabosque o de jardinero de un Real Sitio. Él se veía con traje de Emidio Tucci, ejerciendo sus funciones en el ayuntamiento, o con chupita de Adolfo Domínguez trajinándose los votos en los mítines de campaña. Pero sobre todo se veía sonriente entre aquellas solapas de azul marino que enmarcaban la camisa celeste y la corbata de las palomitas amarillas sobre fondo azul también que le había proporcionado el asesor de imagen para la foto de los carteles. ¡Cuánto disfrutó en el estudio de la hermosa Nérida! *Siéntese aquí, don Fulanito; sonría mirando acullá, señor candidato.* Y

él se sentaba, sonreía cruzado de brazos y con la mirada alta, porque el trato con que lo distinguía aquella belleza no era para menos. *No, así no, por favor; un poco más natural, dando confianza*, insistía ella con una sonrisa que lo halagaba, *pero mantenga la mirada. Y aceptando el reto del futuro, seguro de ti mismo*, apuntaba el asesor. Y él descruzaba los brazos para rebajar la imagen de prepotencia, pero afilaba la mirada para intentar seducir al último votante que se empeñaba en seguir encastillado en la más nefanda de las abstenciones.

*¡Adelante!*, gritó a las masas agobiadas de calor, y se encaminó, con el trapo enarbolado, hacia la primera fuente, la del Abanico. El gentío se puso en marcha y en seguida llegaron al lugar previsto. Él se quedó un tanto rezagado, mientras el público tomaba posiciones en torno a los surtidores, por el momento apagados. Minutos después, los chorros de agua brotaban disparados y el clamor de un coso taurino se adueñaba de la arboleda de castaños. El alborozo se hizo intensamente festivo bajo la lluvia refrescante de los chorros. El agua, pulverizada por la presión de los surtidores, caía como una nube azulada sobre los cuerpos de los veraneantes, que aullaban divertidos. Y entre la nube azulada, él entreveía el primer plano de su rostro en el cartel, un tanto recortado arriba por la guillotina del asesor para que los años no se le notaran demasiado en las entradas de la frente, no fuera a ser que se le descolgaran por ello los votos de los más jóvenes; además, de esa manera, *tu cara se hace más cercana y omnipresente en las concien-*

*cias de los electores, le decía el asesor, y tu mensaje les llega más directo.*

Al cabo, los surtidores se apagaron y él se supo de nuevo el centro de las miradas. Enarboló otra vez la bandera y arrancó entre la masa como un flautista de Hamelín o, mejor, como un capitán general de los tercios de Flandes. A su lado, uno de los veraneantes gritó con guasa un *¡a mí la Legión!*, que, sin embargo, lejos de irritarlo, le sirvió para rememorar en su interior el entusiasmo de un ardor guerrero juvenil, *prietas las filas*, que creía perdido para siempre. Así que, a punto de remedar enfático el grito del cachondo, cogió aire, sacó pecho y enhebró hacia la fuente de la Fama, pensando en la bandera, en las masas que lo seguían y en las aclamaciones con que fue saludado en el mitin del campo de fútbol durante la última campana electoral, cuando creyó que su partido ganaría por mayoría absoluta y, muy al contrario, perdió por goleada, tan abultada, que el reparto de escaños no le alcanzó, y eso que iba de los primeros en la candidatura.

Y así, como si se tratara de un partido de golf, *de fuente en fuente*, la de los Baños de Diana, la del Canastillo, la de la Selva, la de Neptuno, o de una partida de La Oca, *y tiro porque me lleva la corriente*, bandera en alto, capitán general o a mí la Legión, la enorme comitiva se fue desplazando plumiza y mastodónica, pero con un entusiasmo y unas ganas de juerga que crecían en igual medida en que se elevaba el ánimo de él, en que su espíritu levitaba como la santísima Santa de Ávila y

alcanzaba los espacios siderales de los grandes estadistas, envuelto en un batir de himnos, carteles electorales con su rostro en primer plano cortado por arriba para apabullar en *positivo* al elector, parabienes de los líderes locales, provinciales, regionales y nacionales, y de los amigos-enemigos que se morían de envidia, y continuas aclamaciones de las masas, que ahora, sin embargo, jaleaban jubilosos los vaivenes de los chorros de agua. Cuando volvió en sí, el desmadre en torno a la fuente era total. El agua se esparcía pródiga en un abanico de colores y de frescor que llevaba a la gente a celebrar el hecho de estar en verano, de ser sólo pueblo en los jardines de aquel Real Sitio y de sentirse lo suficientemente jóvenes como para desprenderse de camisetas, de pantalones incluso, y buscar las caricias del agua, o meterse en el estanque hasta la cintura, sin importarles el lodo ni el agua podrida, la flacidez de las carnes -jah, los veraneantes serranos ahítos de paella!-, ni la sensualidad de las transparencias empapadas y adheridas a los cuerpos mejor formados, los esculpidos con mimo por una naturaleza generosa y espléndida, y que él en modo alguno pasaba por alto. Aquel chaparrón artificial, en el verano más caluroso del siglo, según los del tiempo, buscado y hallado por el pueblo en los jardines en que príncipes y princesas, infantes e infantas, tal vez reyes y reinas, habrían retozado hasta unos cuantos lustros atrás, aquel chaparrón no hacía sino desatar la risa, desaforar la alegría y romper las formas, hasta el punto de que alguien, con una pizca de oportunidad, podría

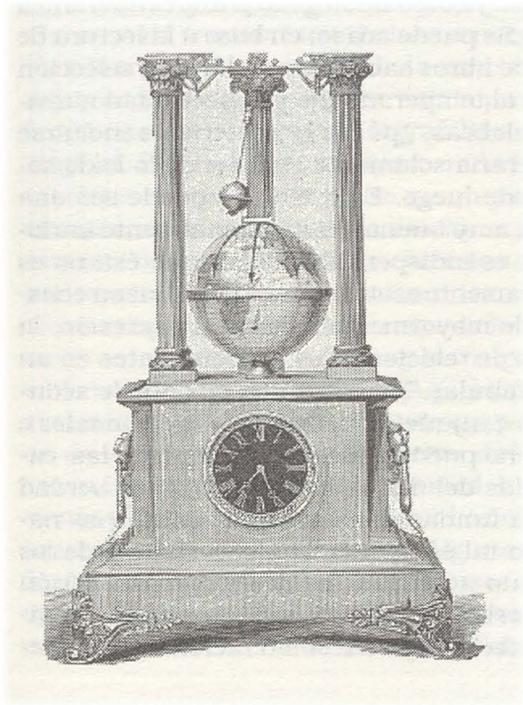
haber gritado, en aquel momento, un *¡viva la República!* y no tenía por qué haber desentonado. Pero el grito que salió de su garganta, una vez que los chorros remitieron en sus versallescas eyaculaciones cargadas de genealogía, de pelucas blancas, de rapé o de notas de clavicémbalo, fue, por fin, el de *«¡a mí la Legión!»*. Izó cuanto pudo la bandera, se recolocó el sombrero de guarda jurado y condujo a la masa humana por la última etapa del recorrido. El gentío lo siguió hasta la fuente de Anfitrite anhelando una nueva y paradisíaca ducha, pero los chorros ahora se portaron con más comedimiento y los otros guardas jurados se afanaron en impedir que el pueblo pisara el césped, que se metiera en las pilas; la gente dejó de mojarse, pues, pero la retirada hacia la salida la hicieron con un acopio de *buenas vibraciones*.

Él, viendo alejarse aquel ejército de veraneantes, se reafirmó en su sentimiento de capitán general e incluso se propulsó hasta la cumbre del consejo de ministros. Sin embargo, la realidad era bien distinta, y no le quedó otra que enrollar la bandera en su asta y echar un cigarro con los compañeros en espera de que llegara la hora de cerrar las puertas del recinto. La ausencia, con todo, la de su mente, lo llevó a no participar en los comentarios y en las bromas de los otros; la ausencia lo condujo, por el contrario, a su envilecido apartamento de la Calle Segovia, a su ajado maletín de recuerdos políticos: las fotos con el Príncipe y con los líderes nacionales de su partido, las del último congreso, las de campaña, y las pegatinas, las gorritas, los banderines, pero,

sobre todo, la pila de carteles que él personalmente se encargó de descolgar de las farolas tras el fracaso electoral, de despegar de las esquinas y de las puertas de los garajes, aquellos carteles en los que su gallardía, su apostura, su inteligencia política, su capacidad de gestión y su bien hablar y razonar se asomaban al mundo, a las conciencias ciudadanas, a través de un primer plano recortado y persuasivo que, sin embargo, no logró cosechar el merecido triunfo.

Inflamado, pues, de un aire épico, ¡vamos, como cuando en la OJE de su infancia cantaban el *Montañas nevadas!*, volvió a su casa con la caída de la tarde, no sin antes pasarse por la droguería de la esquina para comprar unos kilos de cola. Y sólo al cabo de cuatro horas, cuando, ya agotado, terminó de empapelar las paredes de su pequeña vivienda, cocina y baño incluidos, cenó un vaso de leche con pan ensopado y se acostó. Pero el intenso sueño, casi pesadilla, que lo persiguió durante toda la noche, un sueño en el que dedos acusadores lo responsabilizaban de la derrota electoral, en el que un congreso de voceras exigía su expulsión del partido y en el que su padrino, que le había buscado el trabajo de guarda jurado en el Real Sitio, luchaba por no ahogarse en medio de la fuente de las Ranas que tenían todas ellas los rostros de los miembros de los comités local y provincial, aquel sueño febril y agotador, aquella pesadilla larga y angustiosa como una guerra, se vio eclipsado, en sus efectos más lacerantes, por la imagen que le proporcionaron las primeras luces del alba: la de

su propia sonrisa, satinada y repetida, como en un caleidoscopio, en los carteles electorales pegados sobre el techo de su apartamento. ¡Ése era él y ése su consuelo, el de sobrevivir, regodeado en la contemplación de la falsa sonrisa que le salió cuando la bella Nélide le hizo las fotografías para la última campaña, hasta una próxima puesta en funcionamiento de las fuentes del Real Sitio!



## MARITZA JOSIMCEVIC

### ESOTERISMO Y LITERATURA

¿Qué es la literatura esotérica? ¿De qué trata en realidad el escritor y cómo ha llegado a tan exuberantes conocimientos? ¿Se puede acaso, en base a la lectura de todo un arsenal de libros sabios, compilar una selección que corresponda al temperamento y la necesidad narrativa? En otras palabras, ¿puede el esoterismo incluirse en la materia literaria solamente en base de lo leído sobre el tema? Desde luego. Esto incluso puede ser una creación literaria muy buena y excepcionalmente curiosa; sin embargo, es indispensable saber que ésta no es literatura utenticamente esotérica, sino una buena construcción en donde mayormente llega a su expresión la maestría literaria de relacionar los conocimientos en un nuevo medio de fabular. Tal literatura nos puede seducir y atraer por la conjunción de hechos excepcionales e intrigantes, pero no puede poner en movimiento las capas más profundas del Ser en nosotros. Allí en verdad está la diferencia fundamental entre la «maestría» narrativa (que como tal se merece el pleno respeto de los lectores) y el relato auténtico, es decir, la transmisión de la propia experiencia mística en la textura de la fábula narrada. Nada leído y concebido racionalmente tie-

ne ni puede tener la fuerza de lo vivido. En realidad, concebir por razonamiento es un conocimiento incompleto, es ante todo información que nos roza como el viento y luego pasa. Solamente cuando dejamos caer profundamente en tierra la sonda del Ser que habita en nosotros se desbroza el Cielo; entonces podemos hablar realmente del conocimiento adquirido, aquel que se logra con la conciencia del cuerpo.

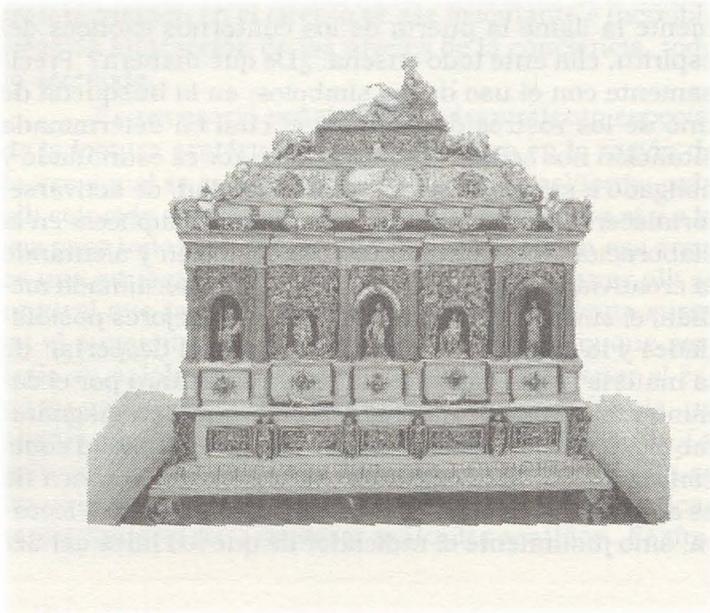
Es muy importante destacar cómo se efectúa dicho acto de transmisión de la vivencia mística a la textura literaria. El aumento de la conciencia, es decir, los momentos de aguda lucidez, son la previa condición y el fenómeno en el curso de lograr literatura auténtica y original. Sin embargo, en oportunidad de la modelación esotérica en la literatura se va un paso más adelante: siempre, en el proceso de la escritura y también cuando se parte de una experiencia esotérica anteriormente experimentada que se desea comunicar, o de algún acontecimiento en apariencia común de la vida diaria, sucede la «apertura de la corona» y la irrupción del Ultra Ego en la conciencia que registra. Aquel Que Sabe, conduce; el escritor es solamente el conducto pero no en el sentido de lo que se llama «aceptación de los dictados» sino con la fuerte activación de la trinidad: Inconsciente, Consciente y Supraconsciente, lo cual es el estado agudo de la ampliación de la conciencia. Algunas veces sucede un fenómeno excepcionalmente curioso, que explicaré con un ejemplo: mientras el escritor habla del nacimiento de mellizos, se convierte en un escorpión; el cambio está en

en el cuerpo etérico, pero el escritor lo experimenta también físicamente, aun cuando preferiría dejar la pluma y escapar de la habitación para liberarse de la forma que lo empapa, continúa escribiendo con disciplina y la confianza que le da solamente la Supraconciencia, sobre todo cuando comprende que la forma del escorpión se hace sitio también en el papel, en el cuento mismo. Más tarde, cuando todo el capítulo ha terminado, el escritor comprueba y descubre que el escorpión en la mitología, entre otros, es el protector de los mellizos. El milagro se ha hecho. El precio que el escritor paga no es pequeño, pues debe soportarlo físicamente, pero el resultado como último eslabón en el círculo de ese fascinante e increíble nivel de interacción de los niveles de la conciencia, todo lo acomoda.

Es necesario señalar otro advenimiento especial de la lectura esotérica. Cuando se entra en la región de lo irracional se navega en el espacio de la polifonía; todo allí coincide sin tocarse, por lo tanto existe para sí y a la vez para todos los demás al mismo tiempo; en esa zona es una situación natural y aquel que logra entrar allí es natural que también pueda sentirlo; el problema surge en el momento cuando toda esa polifonía hay que verterla en palabras, relatar no lo relatado, sofrenar el espíritu en la materia, además de eso hacer la fábula, no olvidar ninguna de las reglas de la bella literatura. La solución que el escritor encuentra o que por sí sola se impone es el uso de los símbolos, como el más eficaz medio literario para expresar múltiples sentidos. El sím-

bolo, de por sí, es también un pequeño milagro, es polivalente que pone al descubierto su rostro dependiendo del medio en que se encuentre con otros símbolos y unidades del contexto con los que se relaciona y completa la prosa. Justamente este uso de los símbolos tan inevitable para el escritor esotérico, por darle cuerpo al espíritu, condensa y «espesa» a fin de no dejar pasar nada por alto, representa la piedra con la cual tropieza un determinado número de lectores, especialmente en los tiempos actuales cuando se desea todo al «instante» y hasta el final servido. La literatura esotérica no está destinada a la diversión; aun cuando haya quien poéticamente la llame la puerta de los contornos exóticos del espíritu, ella ante todo enseña. ¿De qué manera? Precisamente con el uso de los símbolos; en la búsqueda de uno de los rostros del símbolo el cual en determinada situación nos señala el sentido, el lector es estimulado y obligado a movilizar su propia creatividad, de activarse, fortalecerse, germinar y ser uno de los «cómplices» en la elaboración del cuento. Incitando la acción y alentando la creatividad (que cada quien tiene en determinada medida) el símbolo extrae del hombre sus mejores posibilidades y lo obliga al acto de la alquimia: el despertar de la materia bruta, adormecida que le orientará por el camino de la aventura, peligroso pero también magnánimo de su propia transmutación. La intranquilidad como consecuencia de la lectura de la literatura esotérica no es aquello que deba de servir de «freno» contra tal lectura, sino justamente el indicador de que los hilos del Ser

en nosotros vibran y que exigen nuestro aporte propio. Renunciando por miedo o a causa del miedo se piensa uno está en el mismo sitio, pero en realidad se retrocede. Movilizando la propia palanca creadora en cualquier campo de la actividad se evita la esterilidad y se orienta valeroso y vital a hacer parte de la Gran Rueda de la Vida.





## JESÚS PINO

### SIETE PARÁSITOS EN EL CORAZÓN DE UNA PINCHE

El niño C.A.M.( léase Carlitos) fue el niño más travieso que pisó la litosfera terrestre. El niño C.A.M. (léase Cristobalito) fue malo como él solo, más malo que la tiña, malo-malo, a rabiar. Hasta que se le cruzaron los cables. Entonces, el niño C.A.M.(léase Claudito) fue peor aún, el niño C.A.M.(léase Cecilito) fue el niño más siniestro, malvado y cruel que haya concebido la imaginación ultraterrena. Por su mal comportamiento, el niño C.A.M.(léase Consentinito) recibió como regalo, de su demonio de la guarda, Abulio Cienfuegos, una goma de borrar mágica. Y el terrible niño C.A.M.( léase Camilito) emprendió la devastadora aventura, por la que pasó a la historia. El niño C.A.M.(léase ¡criaturita!) borró todos los monumentos de la ciudad, catedral y conventos incluidos, enloqueciendo a los canónigos, a las monjas, a los sufridos turistas orientales. Al niño C.A.M.( léase cabroncete), al llegar a la edad adulta, se le reajustaron los cables y le regresó el ángel de la guarda. Fue un

alivio. El ángel custodio, Servideo Mañó, al cabo de seis largos años de observación, le regaló por sus buenas acciones, un lápiz mágico, con el que C.A.M. (léase, Castito) reconstruyó la parte monumental de la ciudad, para alborozo del Cabildo, las órdenes conventuales y los pacíficos y aborregados turistas del (1/2)Oriente.

El niño L.A.F.(léase Luisito) era más bueno que el pan. Fíjese usted si era bueno que los demás niños sólo jugaban con él después de enjuagarse la boca con agua salada, vestirse con decencia y decir los pecados al confesor. El niño L.A.F.(léase Leandrito) no lloraba lágrimas salobres sino lágrimas de almíbar dulce de melocotón. El niño L.A.F.(léase Lorencito) ponía la mesa, hacía su cama, ordenaba sus armarios y, además, sacaba buenas notas. El niño L.A.F.(léase Lucianito) era bueno pero no era tonto, que son categorías inconciliables, y así, cuando el demonio Sebastián Riquelme de Ayllón le tentó con una banasta de higos chumbos, el niño L.A.F.(léase Liborito) le pegó un mordisco en el rabo que, desde entonces hasta hoy que sepamos, le apodan en los infiernos Sebastián el acólito.

La niña B.A.G.(léase Beatricita) es delgada como un junco delgado y morenita como el pan de centeno. La niña B.A.G.(léase Benitinita) se ríe mucho, vamos que se pasa todo el tiempo riéndose. Y claro, con el mu-

cho reír se le olvida comer. La niña B.A.G.(léase Begoñita) un día de mayo, dio tal carcajada, que, ¡paf!, desapareció. Sólo quedaron visibles una camisita de cromáticos retales y unos pantaloncitos vaqueros. La niña B.A.G.(léase Bartolita), desde aquel día, va al colegio de invisible pero bien vestida y lleva, caprichos de niña, un reloj en el sitio de la muñeca, grande, grande, como un reloj de pared. A la niña B.A.G.(léase Benignita) le dan alcahuetes en el recreo por ver de recuperarla para la vista, pero ni así. Se conoce que en las interioridades de su invisibilidad sigue riéndose a carcajadas.

Del niño J.P.G.(léase Jesusito) no diré más que sobre gustarle las bicicletas y las albondiguillas, también le gustaba quitarles las alas a las moscas, oler a mosto y hurgar en los baúles de su abuela, aunque estas tres últimas facetas las digo con discreta temeridad, pues sabemos que al niño J.P.G.(léase Juanito) se le alteran con facilidad las neuronas y la emprende a golpes con el manillar de su triciclo en sálvense las partes.

Los niños A.C.P., B.C.G., C.C.C.(léanse Angelito, Braulito y Calixtín) son hermanos de padre. El niño A.C.P.(léase Aurelito) es rubio y caprichoso. El niño B.C.G.(léase Blasito) es rubio y gago. El niño C.C.C.(léase Cirilito) es rubio y bisojo. El padre de los tres niños es

moreno e inseguro. También es oficial del Servicio de Correos, pero este dato laboral no es pertinente a la narración. La madre del niño A.C.P.(léase Alfredito) es panocha y canija y esposa en segundas nupcias judiciales de Heriberto Santón. La madre del niño B.C.G.(léase Benemeritito) es castaña y espigada y compañera sentimental de Doroteo Sanjurjo. La madre del niño C.C.C.(léase Celestinín) era albina y patilarga y ahora es difunta de fiebres pauperinas. Los niños A.C.P., B.C.G. y C.C.C.(léanse Alfonsín, Baltasarín y Ciprianín) tienen el pelo del color de sus abuelas maternas, pero su padre, por despecho o por Dios sabe qué misteriosas razones, se los lava, día sí y día también, con agua oxigenada.

La niña C.P.H.(léase Carolinita) es una zángana, una zaparrastrosa y un caprichito de su padre. La niña C.P.H.( léase Consuelito) es un maremoto desordenado y sucio y el ojito derecho de su padre. La niña C.P.H.(léase Carmencita) es un frasquito de lagrimeos y pucheritos y el manantial de babas de su padre. La niña C.P.H.(léase Crucita) hace de su antojo, república y de su real gana, monarquía. El padre de la niña C.P.H.(léase Cuquita) tiene por su hija un amor trágico y peligroso, absorbente y criminal, devastador y traicionero. La niña C.P.H.(léase Corazoncito) aún no lo sabe; no obstante -sabidurías naturales-, mira a su madre con un no muy bien calculado miedo al futuro.

El niño V.G.P.(léase Valerianito) nació con vocación de artista y soportó cinco primos malos malos malos: E.G.V., S.G.P., R.G.G., B.G.H. y D.G.N.(léanse Eusebitito, Sixtito, Ramoncito, Benitín y Doroteito). Los cinco, a pesar de la razón consanguínea, hicieron causa común contra su primo V.G.P.( léase Victorcito) al que llamaban afeminado, cursi, muñequita, marica y maricón, a insulto por primo. De los cinco, el peor de todos, fue R.G.C.(léase Raulito), ¡y gracias a Dios que se lo llevó joven a sus praderas celestiales, que si no...! El niño V.G.P.(léase Venturita) vestía las muñecas con un encanto primaveral, leía cuentos de hada con una voz de alhelí silvestre y hacía bolillos con la destreza de una mariposa. Sus primos E.G.V., S.G.P., R.G.H.(Q.E.P.D), B.G.H. y D.G.N.(léanse Eduardito, Segundito, Ricardito, Bartolito y Damiancito) no vestían muñecas, ni leían cuentos de hadas ni manipulaban hilos de seda; sus primos E.G.V., S.G.P., R.G.H.(R.I.P), B.G.H. y D.G.N.(léanse Emeterín, Siculín, Roquito, Bonifacín y Davicito) jugaban, mientras tanto, al balón, cazaban ranas y lagartijas y meaban en las fluidas y transparentes aguas del río. Y es que la química de los sentimientos, quebrada y revuelta en las oscuras barrancas de los cauces genealógicos, se torna confusa, desorientadora y compleja.



**MICHAEL WHITE**

## VOLVEREDA

De nuevo en Volvereda, me apoyo en el piruétano del abuelo. El mar sale a mi encuentro. Aquí contempló aquellas gigantescas montañas de agua que cerneaba la galerna de su juventud, y que ya nunca dejara de admirar, de recordar con brillo en los ojos, con inhalación súbita de aliento. Hoy, no veo aquel mar, sino estas palomillas -adagio ma non troppo- pero no obstante siempre caminan a su fin. Inexorable. Encanto y horror. «Allá rodamos, hijo mío» me decía el abuelo, al verme un día enguillotado con ellas tras el cristal grueso de la torre, «dando tumbos mientras podemos». Ese hombre, acrisolado por el agua y el viento, el oscuro mar sonoro del invierno, la forzada, pero vivida, soledad de su oficio de farero, llenaba mi mente de niño y siempre habita en mis recuerdos, presto a aflorar en el momento necesitado o preciso. Puede ser que la infancia nazca cuando haya muerto y que crezca con los años maduros. El retorno a ello es melancólico pero más todavía es recuerdo de lo que se es. Lo que ha tejido, lo que ha forjado nuestro ser camina siempre con nosotros, es la veta que nos caracteriza tan certeramente como lo hace al nogal, castaño o roble.

Salgo del faro, ya totalmente automatizado. Los

arbustos que entonces, abarbetados por los cortavientos que levantaba él, crecían rectos, siguen ahora el oblicuo curso de un compañero más perenne, el viento. Bajo la colina. Cuesta a las piernas retener el cuerpo. Todo se inclina. Flores, hierbas, arbustos vienen corriendo del mar. Tienen prisa y sin embargo no van a ningún sitio. Primavera: clamor de pájaros, silencio de vegetación. Yemas, tallos, hojas no dan voz alguna, solo piden espacio. Asoman los acantilados, embisten las olas. Tras la fuerza con que remonta el agua altura, la caída de la espuma se nos antoja ingrátida.

Ya abajo en la hondonada me siento entre sus árboles. Traídos y plantados por él, estos sí, al abrigo de las colinas circundantes, crecen rectos. Los únicos de la isla. Me recreo en sus formas, en la música de sus hojas, en el silencio de sus troncos. ¡Qué silencio el de los troncos! Es el silencio de nuestros muertos. Tienen nombres y les hablamos, pero contestamos nosotros mismos. Estamos y están. Repiten sus palabras. Con qué devoción, con qué esmero escuchamos ahora. Las palabras, ya inmutables, se ramifican en los laberintos de nuestra interpretación.

Aparece él con toda nitidez. Canta su canción. «De los álamos vengo, madre». ¡Qué risa nos daba! ¡Qué réplicas! «De la cama vengo, Abuelo!» ¡«Morcón, ¿dónde estas, que non te veo?»! No son momentos cumbre de la vida, ni son los más memorables, ni parecían tener importancia alguna en aquel instante, pero son una cara de ser niño, momentos en que no se pide más a la vida.

La infancia es prisa. Pero hoy es recuerdo y como tal no tiene prisa y tampoco tiene fin. Ya no suena por aquí «De los álamos vengo, madre». El recuerdo no su-ple, acaso magnifica la pérdida, pero a la vez no impide la mañana. Para él, no era problema: «la naturaleza», «ley de vida», diría como mucho. «Setenta es una buena edad, una vida cumplida. Yo ya llevo varios años de prórroga, tirando de lo prestado». Él estaba anclado en esa apreciación de la vida, al unísono con el mar y el viento o incluso el faro mismo -inerte ante los envites, conforme con el resultado-. El viento: brisa, ráfaga, remolino, silbido, corriendo cuesta arriba, cuesta abajo, doblando esquinas, doblendo árboles. Fuerza indomable, incontenible. Y sin embargo, así como así, para, cesa, desaparece, dejando el faro erguido, como si no hubiera pasado nada. Pero hoy tú no estás. Pienso en las plumas de las elegías: «enmudeced campanas» ... «morad eternamente». ¡Qué propiedad de palabra! Sin embargo no es eso. Mi lamento no es ni retórico ni eufónico. Le echo en falta a él: pies, manos, cabeza, gesto, palabra, beso. Ser, estar. Ver nacer la sonrisa, el gesto, y luego recorrer la cara. No es tristeza, tampoco dolor. Es hueco, agujero negro, ausencia, falta. Aun así, reconozco que amanezco como el faro, gozo recordándole, respiro, como, juego, me enfado, me río.

La luz ya escasea. La isla se vuelve sonido. Regreso lentamente al faro. Al pensar en el abuelo, inevitablemente pienso en ti, Trico, artista, amigo, hermano de infancia en Volvereda. Cómo le retrataste al abuelo. La

mirada, el ademán, el chorizo a medio cortar. Es él, es él, exclamaba la gente. «Ahí estás para siempre, abuelo», decías. «Tu momento puro». El momento puro era, ha sido. Ahí mismo salía el abuelo del cuadro, caminaba hacia el horizonte. ¡Qué capacidad tenías, Trico, para captar el momento, lo que nosotros pensamos después, lo que nosotros vivimos como recuerdo! Hablaban el pincel y el cincel en tus manos, o tus manos mismas recorriendo las formas de tus obras, deteniéndose en recovecos, avanzando deprisa por las curvas, más deprisa por las rectas. Pocos años, pero tu arte a una legua por delante. Fluía de tus herramientas, sin esfuerzo aparente, lo que yo pretendo forzar en palabras recalcitrantes. Golpes de visión. Tu cuadro «El alambique». La vida. Por mucho que vigilábamos nunca llegaba la última gota. Volver la espalda un momento y ya se había caído. El abuelo, fruto maduro, tuero en cenizas, cachón en la playa. Nos dispone hacia la aceptación. Pero ¿tú? Primavera truncada. No deja paliativo.

Noche ya caída. Me refugio en el faro. El cristal grueso está frío, pero dà calor. El haz del faro centellea sobre las aguas de la bahía de esta noche. Iluminará sin duda a la embarcación, pero sus burbujas incandescentes le son del todo innecesarias al salmón que navega por las seguras aguas del recuerdo. Ayer y mañana.

**II4**

## CONSEJO PARA RODRIGO

Procura que el abuelo no te mande a abrir la puerta de la cochera. Que no recuerde que estás en casa cuando silbe desde la plazuela. Si no eres tú, alguno deberá asomarse y gritar ¡voy!, coger la llave del taller y salir como esté a esa obligación tan cotidiana.

El taller ya estará cerrado pero aún olerá a sudor, a los hierros, al azufre, al ácido. El mismo olor que trae el abuelo a las dos y que deja en el cerco de espuma negra cuando se lava el cuello, los brazos y las manos.

Este lado de la casa que da al Cerro es el más antiguo. Se construyó en el solar donde estuvieron las caballerizas del palacio de los Hurtado de Mendoza. Con el paso del tiempo se añadieron las alturas de las distintas viviendas de la familia. La ventana de nuestra escalera comunica con el patio del taller donde se apilan las planchas de acero, y desde esa ventana la Lala podía llamar al abuelo para que viniera a poner orden, porque no aguantaba más, si nos estábamos peleando el tío Pedrito y yo, cosa que ocurría con frecuencia de pequeños.

Al mediodía siempre hay jaleo en el taller. Cuando tenía tu edad entraba al venir del colegio y si no encontraba al abuelo en el torno preguntaba a Paco el Chico. *Se lo ha llevado un perro en la boca.* Después de tantos años contestándome lo mismo, era yo la que respondía adelantándome y riendo: *ya lo sé, se lo ha llevado un perro en la boca.* Riendo porque me parecía una idea imposible la de imaginar a un perro sujetando en sus mandíbulas el enorme cuerpo del abuelo. Si, por el contrario, él estaba delante del torno, concentrado, observando el cilindro de madera que sería la empuñadura, me quedaba a su lado en silencio, sin interrumpirle, y miraba cómo manejaba ambas manos con destreza: la izquierda, en la manivela que acercaba la madera al filo que desbastaba, y la derecha, en la otra, para mover con precisión la herramienta, ese buril específico que iba torneando la pieza que luego se recubriría con el torzal de alambre trenzado. Tan absorto estaba en su trabajo que no se percataba de mi presencia ni de las ocurrencias de Paco el Chico, ni de las conversaciones de los trabajadores; Paco, dando los últimos pulidos a las cazoletas en la pequeña rueda de esmeril y ellos, ensamblando hoja por hoja a su arriaz y al resto de las piezas que formaban la guarnición de las espadas.

¿Por qué te digo que te escabullas para no ir a abrir la cochera?... Puede ser peor incluso. Si el abuelo descubre que la luz de «los grabadores» se ha quedado encendida, hay que apagarla también. Y antes tienes que

pasar por «la exposición» donde el armado parece que te vigila detrás de su celada. No te acerques a los sables japoneses, a los floretes, las zenetas, las preciosas dagas jambiyas del ladrón de Bagdad, las nimchas marroquíes, las bayonetas, gumías, alabardas... ¡hay tanto que podría caerse!

De día, «los grabadores» es la habitación más luminosa. Allí no se habla mucho; apenas se oye otra cosa que los golpecitos rítmicos al ir grabando la marca de la espadería en el recazo de las hojas o al embutir el hilo dorado del damasquinado que llevan algunas armas. Que la luz estuviera encendida cuando hacía horas que se marcharon los trabajadores era algo bastante corriente.

¿Por qué te explico esto? Ya conoces los trabajos del taller. Recuerdo una leyenda china que cuenta cómo Moye, la mujer de Kan-tsiang el artesano, se arrojó al horno para que éste consiguiera forjar dos espadas sagradas... Si no hay más remedio y tienes que bajar a la cochera, nunca pases por «los forjadores». Pedrito y yo procurábamos no acercarnos porque ahí empezó todo.

Hasta las ventanas de la forja que dan a la calle están negras. Aún con el taller cerrado y el fuego apagado, el calor en ese lugar sigue siendo sofocante. Y nunca desaparece un cierto olor a carne quemada. Una vez se nos ocurrió ir por «los forjadores» en vez de pasar por la zona donde se colocan las cubetas vacías del ácido. Po-

día más nuestra curiosidad. Inmóviles las ruedas afiladoras, el yunque, las tenazas enormes, los martillos. No tocábamos nada, y pisar alguna rebaba que hubiera quedado sin barrer producía un crujido horroroso en el silencio. Cuando ya salíamos al patio, satisfechos de nuestra valentía, te aseguro que vimos moverse el macho que estaba sobre el yunque. Corrimos chillando y bajamos la escalera a trompicones. Por fin, abrimos la cochera y el abuelo se sonrió al ver nuestras caras de espanto. *¡Qué! ¿Ya está la mano de Julián haciendo de las suyas?* Y por aquella vez, y sin servir de precedente, fue él quien, después de guardar el coche, desanduvo el camino apagando las luces que nosotros habíamos encendido y retrocediendo para apagarlas de nuevo.

Yo no llegué a conocer a Julián. Paco el Chico me contaba que siempre escribía un poema para el cumpleaños del abuelo. Esa tarde no se trabajaba. Se limpiaba el patio y se colocaban tablones en borriquetes y, encima, mantelitos de papel. La Lala traía medianoches de queso y chorizo, cerveza y aceitunas. Entonces, cuando ya estaban sentados, Julián leía el poema y el abuelo se emocionaba y contagiaba a los demás y terminaban todos llorando.

El poeta, como lo llamaban a veces, trabajaba en «los forjadores». Se quejaba a menudo porque, según decía, el resplandor del fuego y del rojo vivo del acero le estaba dejando ciego y después, cuando salía a la calle,

la luz del sol le hacía daño. El abuelo le aconsejaba que trabajase en las mesas de ensamblaje o en «los grabadores», pero él no quería trasladarse porque afirmaba que ese mismo rojo era su energía para poder escribir poesía.

Una mañana de invierno sucedió el accidente.

Julián se encargaba de mover las hojas en el fuego, sacarlas una a una con las tenazas y colocarlas en el yunque. Salía la primera, blanda, soltando chispas, y Felipe, el oficial experto con el macho, cogía la herramienta que sujetaba el metal y comenzaba a martillar desde la punta para después hacer el estirado que soldaría el acero al alma de hierro dulce. Y más tarde, el temple y, luego, el revenido, *importantísimo*, afirmaba él.

Esa mañana, de pronto, Julián el poeta metió una mano entre las brasas y cogió una hoja. Nadie sabe por qué lo hizo, acostumbrado como estaba a no separarse nunca de las tenazas. Cuando despertó en la cama de la Residencia, contestaba a las angustiosas preguntas de todos que quería saber qué se sentía al tocar la Poesía.

Se quedó en el taller aunque le dieron un buen dinero por lo del Seguro. Hacía recados, ayudaba al abuelo en el torno dando a una de las manivelas con la mano buena pero, sobre todo, pasaba las horas muertas en la forja, mirando el fuego y el golpear del mazo en el acero

centelleante. Se reía a carcajadas si le preguntaba a Felipe: *¿te echo* (y aquí se callaba un momento, según Paco)... *una mano*? Felipe le gritaba como respuesta que si era tonto, que si además de manco quería quedarse ciego. *Hasta que me quemé los ojos con la Poesía...* El abuelo le preguntaba por qué no se iba al mar, que los mejores poetas vivían cerca del mar y él replicaba que si su mano se había quedado en el taller él también se quedaría.

Siguió leyendo poemas en los cumpleaños hasta que murió, joven aún, de una enfermedad de los ojos, diagnosticada demasiado tarde. Por lo visto, ya la padecía desde pequeño y nada tenía que ver con mirar el rojo vivo.

Él se marchó pero su mano se quedó.

¿Quién crees que enciende las luces de «los grabadores» por la noche, o de las escaleras, o de la misma cochera? Los del taller ya se han acostumbrado. También de día la mano de Julián el poeta puede dar la luz de «el ácido», o del almacén ... *¡Ya estás, poeta!*, exclaman y continúan trabajando. Incluso el abuelo, aunque no te lo diga, ha visto a la mano mover la manivela del torno y Felipe se harta de llegar cada mañana a la forja y encontrarse el macho o las tenazas en otro lugar distinto de donde él los había colocado la tarde antes.

Procura no estar cerca cuando llegue el abuelo a la cochera. Deberás entrar al taller, ir encendiendo las luces mientras lo cruzas, abrir las puertas, esperar a que el coche quede aparcado y después hacer lo mismo a la inversa. Lo malo es que tal vez te encuentres el patio en tinieblas a la vuelta, o cuando piensas que todo queda cerrado y vas a salir a la calle, tienes que retroceder a apagar la luz de «la exposición», por ejemplo, o de la oficina, o de los servicios, cualquiera sabe. Pregunta, si no, al tío Pedrito o a Paco el Chico cuando vuelvas del colegio.

#### EL PUENTE DE SAN MARTÍN

«Tal vez alguien conozca el paso que separa la verdad de la simulación, la realidad de lo fabulado o el sueño. Cuando comienzan las mezclas, las insospechadas impurezas -verdades simuladas, sueños reales, fábulas de lo cierto-, se levantan puentes, accesos que señalan la distancia y, a la vez, aproximan los límites. No sólo salvan ríos o intratables declives, no sólo emplazan el otro lado. Y si se produce una muerte en ellos, una muerte violenta como en este caso, el territorio de la sombra y el espacio de la claridad consoladora componen una mixtura que se adensa e inquieta. No sé quién

podría esclarecer el enigma. Yo ignoro qué razones guarda el azar como para haberme reunido con esa parte del equívoco, no, con lo indecible. Por ello, intento ordenar mis pensamientos mientras escribo, intento tranquilizarme y comprender.

En la fachada exterior del torreón que da entrada al puente y que luego se ha de cruzar para llegar a la ciudad, existe una pequeña inscripción que dice así:

AQUÍ MATARON UNA MUGER  
RUEGUEN A DIOS POR ELLA  
SUCEDIÓ A 2 DE FEBRERO DEL AÑO DE 1690

Copio la referencia que de este suceso hizo el cronista Diego Angulo y Rojas en su libro *Historia de San Martín, San Jerónimo y Solanilla*:

« ... Se sabe que Ana Gómez-Grueso, hija de Juana y Timoteo el ventero, nacida en la villa de Ajofrín y vecina de la colación de San Martín, ayudaba a sus padres en los trabajos relacionados con la venta, muy bien situada en este arrabal. A punto de casar con José Serrano Fiz, natural y vecino de la dicha villa y con cierto parentesco con Timoteo Gómez-Grueso, la joven Ana fue muerta por el tal José. Después de cometer el crimen, el hombre se entregó a la justicia y, según comentarios de los alguaciles, confesó que la había matado a causa de los celos provocados por sus infidelidades.»

Diego Angulo no se explica en relación al hecho del cual he sido testigo; quizá nunca llegó a residir en el barrio o lo que voy a contar no sucedió hasta mucho después de haber escrito su *Historia*. Pero es algo que desde pequeño he oído murmurar en el vecindario. Recuerdo que mi padre afirmaba que de aquello no se debía hablar, que cosas así maldicen los lugares y acaban deshabitados si se proclaman a los cuatro vientos. El caso es que, luego, mi propio padre nos susurraba a mis hermanas y a mí que él mismo había visto, que incluso había escuchado retazos de extrañas conversaciones mantenidas, acaso, con el agua negra o con las criaturas que despiertan en la oscuridad y merodean por las orillas. Y nos íbamos sobrecogidos a la cama.

Yo la vi aquella noche del 21 de julio.

Muchas otras noches de verano he vuelto tarde a casa sin que ocurriera nada. En esa noche, no se me olvida, bajaba silbando distraído de Zocodover después de una prolongada tarde con los amigos. Habían pasado dos o tres horas desde que las Campanas de la Catedral diesen las doce y, después del calor, el paseo de vuelta me resultaba muy agradable.

Nada más alcanzar la puerta de la Virgen la vi o, por expresarlo certeramente, observé una suave luminiscencia que se desplazaba. A veces, ahora lo adivino, la fascinación adopta singulares señuelos de los que es

imposible escapar y lo desconocido, eso que fascina, se envuelve de una luz que consigue, en apariencia, disipar el temor, la resistencia ante su proximidad. Sentía curiosidad y dado que no había otro modo de llegar a casa (no contemplé como posibilidades el dar un interminable rodeo por el Valle o cruzar a nado la traicionera corriente del río), me fui acercando hasta situarme sin remedio muy cerca de aquel ser desdibujado y brillante que parecía rozarme y, al instante, parecía estar sentado en el pretil. Por supuesto, no relacionaba tal rareza con las historias que circulaban entre los vecinos o en mi propia familia.

Es difícil describirlo; términos como «hermoso» o «repugnante», o comparar su presencia con imágenes similares a la cotidiana percepción de los sentidos me resultan inútiles para este momento en que lo cuento... Era una mujer, una mujer joven, quizá vestida con ropas claras, o quizá el resplandor que irradiaba producía esa impresión, y por la misma fosforescencia su silueta, se volvía imprecisa... Me pregunto si flotaba, si caminaba, si arrastraba sus pies. Podía tener el peso de un gigante o de una pluma... Aunque sus movimientos no eran bruscos, casi diría que elegantes, un matiz indefinible, una leve diferencia con el modo de moverse el cuerpo humano los hacía absurdos, no, inverosímiles. Y, sobre todo, desprendía una calidez muy distinta al calor de la noche de julio.

Pero, al mismo tiempo, olía a peligro; sí, el aroma que emana de las sustancias que no huelen a nada y huelen a presagios alarmantes, como huele el lado brillante de algo terriblemente oscuro y temible. Y el miedo que tendría que haberme alertado me llega tarde, me confunde cuando quiero escribirlo de la manera más objetiva.

¿Me detuve o esa visión sucedió en un parpadeo, en los fragmentos de segundos que necesitan dos pasos? Aquel ser, aquella presencia, ¿cómo nombrarla?, volvió su rostro hacia mí. No me veía. Su mirada me atravesaba igual que si yo estuviera hecho de materia translúcida. Qué sensación más extraña notar que te miran pero no te ven, que la intención de los ojos pasa a través de ti. Algún punto de los lugares de la Fábrica, sumidos en la negrura, atraía su atención... Volvía a aproximarse... Estaba tan cerca... ¿Y si la hubiese tocado?... La oía canturrear, reírse, pronunciar un vago nombre femenino. Se distanciaba. Se detenía. Continuaba moviéndose. Palpaba las piedras del pretil con sus manos inciertas. La actitud de sus gestos poseía la familiaridad de quien deambula por su propia casa. Sí, habitaba en el puente. ¿Cuánto tiempo transcurrió? ¿Me dejé marchar? Se alejaba, el resplandor se hacía más pequeño.

Es increíble que yo tomara como natural el breve estremecimiento que sentí con aquel encuentro. Un so-

bresalto semejante al de oír aleteos en la noche, algún chapoteo invisible en el agua, un graznido, el ulular de un pájaro, un crujido. Ahora el miedo me hace temblar. Ahora que recuerdo el dudoso secreto del vecindario y ahora que la imagen luminosa vuelve a mi memoria, cruzándola despacio con su misterio poderoso. Brillando y ocultándose. Brillando como únicamente puede hacerlo la ausencia definitiva.

Desde esa noche distingo con claridad la energía, o la fuerza que, incluso de día, se mantiene en el puente de San Martín. Y escribo estas líneas para comprender lo incomprensible y asumir mi intrusión casual en el hueco donde las preguntas... para que el olvido... »

Sabiendo mi interés por asuntos fuera de lo común, Pedro Pantoja, el constructor del edificio donde vivo actualmente, me entregó estas hojas que he transcrito sin cambiar una palabra.

Al entrar en la vieja casa, los albañiles que debían derribarla encontraron el escrito en un sobre cerrado entre otros objetos de poca importancia. La vivienda estaba cerrada y en venta desde hacía varios años y los últimos propietarios no se acercaron para revisar las posibles pertenencias antes de comenzar la nueva construcción.

## JESÚS BERMEJO

### JUNTO AL MOLINO

A los maestros republicanos  
*abolidos* por la barbarie.

A mis primeros maestros  
doña Mari y don Faustino.

Cuando daban las seis de la tarde en el reloj de la torre de la iglesia, ya iba yo por la cruz de piedra camino del río y, andando a buen paso, me topé con tío Isaac, el molinero, que subía al pueblo con sus mulas, cargadas con sacos de harina.

Había transcurrido el mes de julio y se rumoreaba que en el país estaban sucediendo cosas atroces desde el día dieciocho. En Aravalle nada se sabía con certeza pero suponíamos que debía ser mucho y muy malo lo que pudiera estar pasando. La gente comentaba en voz baja, en la penumbra de los portales, lo que contaban quienes subían del Valle del Jerte y susurraba, en el silencio de las alcobas, lo que se oía decir a quienes tenían un aparato de radio.

A pesar de lo que decían que estaba ocurriendo en otras partes, la vida en Aravalle seguía su curso normal. Como en cualquier otro verano, se segaba y se recogía el heno, se atendía el ganado que no había ido a los pastos

altos, se cavaban las huertas y se trillaba. Pero había algo que delataba una situación extraña: apenas se veían mozos por el pueblo ya que habían sido movilizados los de las tres últimas quintas. Decían que los habían llevado al frente del Guadarrama, donde las tropas del general Mola disputaban la ladera norte a las milicias republicanas de Madrid.

Miedo, mucho miedo tiene la gente desde el día que se fueron los quintos, aunque aquí no ha sucedido lo que en El Barco, que dicen que un día llegaron de la capital unos hombres armados y se llevaron en un camión a varios concejales, sin que se sepa aún qué hicieron con ellos.

Desde que me destinaron a Aravalle, tengo la costumbre de irme a Madrid con mis padres cuando llegan las vacaciones. A principios de julio estuve ultimando el plan de actividades para el próximo curso pues quería dejarlo entregado en el Ayuntamiento antes de irme. Ya tenía preparada la maleta para marcharme en el correo cuando comenzó todo. Enseguida fue tal la confusión que decidí quedarme aquí hasta ver si se aclaraba la situación. A medida que van pasando los días, me voy dando cuenta de que esto va para largo y de que nadie puede arriesgarse a predecir en qué acabará. En todo este tiempo no he tenido noticias de mi familia, así que estoy muy preocupado porque Madrid, según dice la radio, está siendo bombardeada por aviones militares y, en esos casos, ya se sabe, quien más sufre es la población civil. ¡Qué diferente es este verano de aquél en el

que yo preparaba mis papeles para matricularme de primero en la Normal de Madrid! Había terminado el bachillerato en el instituto Cardenal Cisneros, cerca de la Universidad Central, y estaba decidido a estudiar Magisterio una vez superado el examen de Estado. ¡Aquella primavera había sido espléndida!: cayó como un castillo de naipes la monarquía, el rey Alfonso XIII abandonó España y fue proclamada la Segunda República. ¡Qué día inolvidable aquel catorce de abril!

Recuerdo que salimos del instituto hacia la calle de San Bernardo y que por ella bajaban riadas de personas a las que nos íbamos uniendo con alegría, abrazándonos unos con otros y cantando felices camino de la Puerta del Sol. Al entrar en la plaza por la calle del Arrenal, nos sobrecogió ver un gentío impresionante, una muchedumbre insólita que la abarrotaba y que gritaba unánime: «¡Viva la República!» Encima de algunos tranvías varados entre la multitud y en lo alto de la marquesina del metro, decenas de personas intentaban seguir el espectáculo desde aquellas atalayas privilegiadas. Toda la plaza se fundió en un inmenso aplauso cuando don Niceto Alcalá Zamora salió al balcón de Gobernación y se dispuso a hablar en nombre del Gobierno provisional. Aquel edificio siniestro, lleno de calabozos y de despachos como covachuelas, se iba convirtiendo poco a poco en el rompeolas de la República, sobre todo cuando, terminado aquel vibrante y cálido discurso, la plaza rugió con entusiasmo, se dieron «vivas» al gobierno provisional y cantamos hasta tres veces el himno de Riego.

Aquel gentío se fue dispersando poco a poco por las calles que dan a la plaza y nosotros nos dirigimos hacia el Palacio Real, llevados casi en volandas por la gente que bajaba hacia Ópera. Al llegar a la plaza de Oriente, un cordón compacto de jóvenes con escarapelas rojas tenía como misión impedir el paso al recinto. «Así se evitarán desmanes en el Palacio Nacional», dijo quien parecía tener algún mando en aquel sector. Mientras volvíamos sobre nuestros pasos, nos íbamos riendo con los comentarios que hacía Honorio sobre el cambio de nombre del palacio: «Como todo vaya así de rápido, algunos deberían ir haciendo ya las maletas por si tienen que seguir los pasos del rey».

Serían ya más de las nueve cuando Honorio, Baldomero, Valentín y yo bajábamos por la Cuesta de San Vicente, camino de San Antonio de la Florida, nuestro barrio, y todavía seguíamos excitados hablando de lo que habíamos visto aquella tarde y de lo mucho que nos agradaba que la llegada de la República coincidiera con el inicio de nuestra juventud. Fue entonces cuando Baldomero, con voz queda y casi como pidiendo disculpas, nos agitó la fiesta al decirnos cuánto le extrañaba que todo hubiese ocurrido tan alegremente, como si en España no hubiera enemigos del nuevo régimen, como si hasta el día anterior en el país no hubiera habido poderosos ni gobiernos a su servicio. «¿A saber qué es lo que estarán preparando éstos, porque quietos no creo que vayan a quedarse!», añadió Baldomero y una brizna de inquietud aleteó sobre aquel catorce de

abril.

## II

Poco podía figurarme yo que unos meses después de comenzar mi último curso en la Normal, la República estaría gobernada por sus más denodados adversarios.

Una coalición de partidos conservadores había ganado las elecciones y se disponía a frenar las reformas emprendidas dos años antes.

En la Escuela no salíamos de nuestro asombro ya que la labor realizada por el gobierno saliente, al menos en el ámbito de la instrucción pública, había sido impresionante. En apenas un trienio se crearon más de trece mil escuelas, se triplicó el número de institutos y se multiplicó por seis el presupuesto de salarios para los maestros. Se apoyó la creación de las misiones pedagógicas, que desarrollaban su labor cultural por pueblos y aldeas, y la puesta en marcha de las universidades populares, que hacían lo propio en muchas capitales del país. Miles y miles de personas accedían por primera vez al mundo del saber y se afanaban por aprender a leer y escribir. Fue así como los maestros de escuela se convirtieron en el símbolo de un país distinto, moderno e ilusionado; un país que veía en la instrucción el germen de su futura emancipación.

Faltaban pocos días para la Navidad y aún se debatía acerca de las razones del triunfo conservador. Los

más ecuanímenes lo explicaban por la conjunción de tres factores: la labor de zapa de los poderosos, el radicalismo de los anarquistas y cierta ingenuidad de los gobernantes. Fuera así o de cualquier otra manera, el caso es que por aquellos días el nuevo gobierno tomó posesión y muy pronto empezamos a notar los efectos de la llamada rectificación, que no era sino un retroceso considerable en todos los ámbitos.

En nuestra Escuela cundió el desánimo porque iba calando en nosotros la idea de que, cuando acabásemos la carrera, sería difícil poner en práctica lo que en aquellos años de ilusión habíamos aprendido acerca del oficio de enseñar. Pensábamos que había llegado lo peor. Y es que nunca hubiéramos podido imaginar, en aquel curso de decepción y tristeza, que algo trágico y mucho más peligroso iba a sobrecogernos sólo dos años más tarde.

Ahora, junto al molino de tío Isaac, aislado de los demás maestros de la comarca, paralizado por el miedo y la fatalidad de no poder hacer nada, repaso qué cargos podría haber contra mí, si se pusieran mal las cosas, y qué podría hacer llegado el caso. Nunca he ocultado mis simpatías por la República pero apenas me he significado más allá de lo que me exigía mi profesión. La gente de Aravalle me respeta y me trata muy bien, me aprecia y me quiere. Pero últimamente veo que algunos me huyen, sobre todo desde lo que pasó el otro día, cuando unos falangistas llegaron al pueblo en dos camiones. Ataviados con camisas azules, correaes negros y pisto-

la al cinto, se pasearon por el pueblo desafiantes y nos convocaron para las siete de la tarde en la plaza del barrio de abajo, que aquí llaman «El corralillo».

Eran las siete en punto y la plaza ya estaba llena. De pie y en silencio nos disponíamos a escuchar a aquel individuo que, impostando la voz, leyó amenazador: «En estos momentos decisivos para el porvenir de la patria, el pueblo sano, dirigido por su glorioso ejército, se ha sublevado contra el yugo de los sin fe y la tiranía de la antiespaña. Todo bien nacido ha de ayudar en esta colosal tarea dando lo mejor de sí mismo; los jóvenes, su sangre para el martirio, si necesario fuere; los adultos, lo más amado de su despensa para el vigor de los soldados que se baten en el frente; y todos, lo más noble de nuestro ser para arrancar de una vez por todas la cizaña del liberalismo y el comunismo que pudre y emponzoña la mies de un país sin par».

Aquel falangista relamido hizo una breve pausa, bajó su voz, estiró el cuello, afinó su puntería y dijo: «Todos los que conozcáis a alguien que pudiera sabotear la labor de las nuevas autoridades, debéis ponerlo en nuestro conocimiento para tomar las medidas oportunas. Si oís a alguien manifestarse contra el nuevo régimen, si sabéis de alguna víbora cobarde que siembra la confusión y la discordia, acudid a nosotros sin dudarlos».

Aquel valentón de retaguardia estaba consiguiendo lo que buscaba: meter el miedo en el cuerpo, enseñar la cara desnuda de la amenaza bárbara y buscar la delación impune. Siguió hablando un rato y dijo al final:

«Porque en el vigor de la juventud confiamos y por el imperio hacia Dios luchamos, decid conmigo: ¡Arriba España!» Todos contestamos: «¡Arriba!» y después aplaudimos con fuerza, porque así lo aconsejaba el sentido común para no aparecer como disconformes.

Aún resonaban en el corralillo los últimos vivos, cuando tío Claudio apareció por los Postigos tapándose la frente con la mano izquierda para no deslumbrarse. Venía con su rebaño de cabras y miraba hacia la plaza con asombro cuando, de pronto, se vio señalado con el dedo índice del falangista, que, a gritos, le espetó con grosería: «¡Rojo de mierda, cabrón, ven aquí ahora mismo, que nos vas a explicar por qué levantas el puño!». Desorbitados los ojos y rojo de ira, dijo así a sus camaradas: «¡Vírse, López, Belinchón!, ¡Detened de inmediato a ése, que va a saber lo que es bueno!». Los tres fascistas empujaron y abofetearon al pobre viejo pero nadie se movía porque el miedo se mascaba. Fue entonces cuando don Guillermo, el secretario, se adelantó y dijo al jefe de aquellos camisas azules: «Perdone usted, no haga ni caso del gesto del pobre Claudio; es un hombre medio ciego que, sin duda, no pretendía otra cosa más que protegerse los ojos para no quedar deslumbrado; seguro que ni sabe lo que significa el gesto que ha hecho». El tío Claudio, caído en el suelo, mostraba, en su mirar atónito, el desconcierto más absoluto. Tío Manolo, el alcalde, humillando la voz y el gesto, añadió: «Claudio es inocente, yo les digo que es verdad lo que dice el secretario». Sólo volvieron las aguas a su cauce cuando intervinie-

ron en favor de tío Claudio tres potentados del pueblo, que avalaron su inocencia y lograron que aquel energúmeno lo dejara en libertad. En la plaza todos estábamos aún en silencio, petrificados y muertos de miedo. Y allí seguimos un rato hasta que aquel matón nos ordenó que nos fuéramos a casa y que no olvidásemos lo que se nos había dicho en aquella junta.

Cuando llegamos a Aravalle, en septiembre haré dos años, Amparo y yo vimos enseguida que no estábamos solos. Ambos pertenecíamos a la primera promoción de maestros de la República y la gente del pueblo entendió pronto que los cambios que, día a día, íbamos introduciendo en la escuela no eran fruto de la improvisación sino semilla de futuro. Como algunas normas del gobierno anterior no habían sido derogadas, nos apoyamos en ellas para desarrollar nuestra tarea de acuerdo con lo que habíamos aprendido en la carrera. Agrupamos a los niños según su edad, formando dos clases mixtas, y aquella novedad, lejos de incomodar a nadie, pareció a todo el mundo la enseña de las novedades que se avecinaban.

Catalogamos los libros de los armarios, y pusimos en marcha una pequeña biblioteca. Conseguimos que el Ayuntamiento cediera a la Escuela un terreno, y lo convertimos en coto escolar. Todos los jueves por la tarde dábamos paseos con nuestros alumnos, y fue así como estudiamos el relieve y el clima, las piedras y el río, las estaciones del año, los árboles y los animales, los trabajos y las fiestas. Tres veces por semana dábamos clases

de adultos, y a ellas acudían hombres de piel curtida, mujeres de pañuelo negro e incluso una anciana animosa que sabía leer pero quería aprender a escribir.

Algunos días después de lo de tío Claudio, me mandó aviso el secretario para que fuera a su casa. Me habló con sigilo y me puso al corriente de los planes de las autoridades de la zona: «Hemos recibido una circular de la delegación de Educación de la capital en la que se dan por abolidos los planes de estudio que se impartían hasta ahora. Prohíben el uso de los libros escolares y las enciclopedias que hay en las escuelas, hasta que una comisión de inspectores revise los materiales y obre de acuerdo con las nuevas normas. Se nos ordena a los secretarios que mandemos un informe de los maestros de cada pueblo, en el que consten sus inclinaciones políticas, sus actividades profesionales, su moralidad y sus costumbres». Y añadió: «Yo creo que las cosas están muy mal y que ya nada será igual que antes. A todos nos van a vigilar con lupa. Yo sé que usted está inquieto por lo que pueda pasar y quizá debería salir de esta situación de una manera airosa: alistándose voluntario, ya que, al fin y al cabo, se habla de que van a movilizar a los mozos de su quinta. «¡Cambie usted de aires, don Dimas, y así espantará el peligro!», dijo don Guillermo con vitalidad mal disimulada mientras yo seguía en silencio pensando qué hacer.

Ya son más de veinte días los que llevo viniendo junto al molino y cada vez veo menos salidas. El aislamiento al que estoy sometido sólo se mitiga con la amis-

tad que voy trabando con tío Isaac. La franqueza de su conversación me libera algo de la depresión intensa en la que estoy sumido. ¡Qué contraste entre la viveza del agua del río y mi pasividad en el último mes! ¡Qué lejos estoy de aquel invierno cuando, recién ingresado en la Normal, acudí a ella don Fernando de los Ríos, ministro de Instrucción Pública, para hablarnos de los planes educativos del gobierno!

### III

«Don Fernando de los Ríos, ilustre profesor y ministro de Instrucción Pública, que nos honra hoy aquí con su presencia, tiene la palabra», dijo el director de la Escuela Normal. Se oyó un largo e intenso aplauso y después se hizo un silencio solemne. Todos estábamos esperando sus palabras con atención y embeleso. Don Fernando carraspeó levemente, miró al auditorio y nos saludó con afecto y emoción. Iba desgranando su discurso con suavidad cuando de repente dijo con energía: «Ha llegado el momento de decir basta. Basta de analfabetismo, que abre la puerta a la superchería y a la ignorancia; basta de niños sin escuela; basta de enseñanza confesional y patriotera; basta de separación por sexos; basta del temprano abandono de la escuela motivado por necesidades familiares.

El gobierno de la República quiere ofrecer en todas las escuelas del país una educación laica, científica, fraternal y libre. Quiere ennoblecer la instrucción

pública y dotarla de medios humanos y materiales, con el fin de formar ciudadanos respetuosos, cultos, responsables y trabajadores». Y terminó con estas palabras: «En vosotros, futuros maestros, depositaremos la sagrada tarea de hacer realidad este proyecto de futuro. Vosotros seréis la semilla de la República, la savia de esta España que está naciendo. Preparaos para tan noble profesión en esta Escuela Normal que hoy me recibe y que mañana os despedirá como embajadores del saber por los pueblos de todo el país».

Y así fue como se renovaron los planes de enseñanza y aparecieron nuevas asignaturas que abrían perspectivas muy diversas. Enseguida llegaron libros con la nueva didáctica, diversos materiales, y más presupuesto para remozar el viejo edificio de la Normal y de la escuela aneja, donde hacíamos las prácticas. Muy pronto todos, profesores y alumnos, nos sentimos partícipes de una empresa llena de vitalidad y de futuro. Visitamos museos, teatros y fábricas; hicimos excursiones por campos y ciudades; entrenamos en el pabellón deportivo de la Escuela; estudiamos con entrega y alegría...

A la camaradería propia de una tarea llevada a cabo con optimismo se unía un sincero afán por querer cambiar lo que era una inercia de siglos. Y todo ello impulsado por el gobierno. En algunos momentos de febril actividad nos parábamos en seco y dudábamos de que todo aquello fuese cierto. Y lo era, aunque la carcoma estuviera ya royendo los túneles que servirían para dinamitar aquella juvenil y algo cándida experiencia.

Tío Isaac termina de llenar los sacos que subirán sus mulas, y yo le ayudo abriendo la boca del último costal. Me dice, con cierto misterio, que van a requisar dos tercios de la harina que se muele en la comarca para enviarla al frente. «Eso supondría la ruina de los molinos ya que la gente preferirá esconder buena parte de su cosecha, hasta ver qué da de sí el conflicto».

Bajando mucho la voz, a pesar de la evidencia de nuestra soledad en aquel lugar, se atreve a contarme, con alarma y misterio, lo que tío Bene, el vinatero, le dijo esta mañana, cuando subía del Valle del Jerte. «Ya sabe usted, don Dimas, que allí triunfaron los del frente popular en las elecciones de febrero. En todos los pueblos había un gran ambiente de euforia pues se creía que había llegado el momento definitivo de las reformas. Pero desde el mismísimo dieciocho de julio, camiones del ejército con base en Plasencia van recorriendo el valle y dejando regueros de sangre. Llegan a las plazas de los pueblos y todo queda paralizado; se oyen órdenes tajantes, impartidas desde el odio: «¡Quiero este pueblo libre de rojos, así que ya sabéis!» Al trote, pelotones de soldados detienen a concejales, jornaleros, maestros, jueces, secretarios... Se los llevan en medio de una salvaje mezcla de insultos, amenazas y golpes y les ordenan subir a los camiones, maniatados y con la mirada de la muerte reflejada en sus pupilas. Por la noche se oyen disparos cerca de los cementerios y el amanecer confirma lo que el oído temió en la madrugada: tapias enlutadas con sangre inocente y cuer-

pos sin vida abandonados que van siendo retirados por familiares atónitos. La barbarie se ha instalado en el país, don Dimas, y nada indica que esta violencia desatada vaya a acabar».

El relato de tío Isaac va aumentando mi ansiedad y mi indignación pero me reafirma en la decisión que he tomado. Cuando termina, le hago cómplice del secreto que me quema y le expongo mis planes inmediatos: «Yo, tío Isaac, tengo que marcharme del pueblo cuanto antes. Vine a Aravalle a trabajar en aquello para lo que fui preparado a lo largo de tres intensos años. No quiero empezar el nuevo curso, dentro de medio mes, y hacer con los chicos lo contrario de lo que hasta ahora he hecho. Tampoco quiero alistarme voluntario, porque con los facciosos yo no iría más que movilizado a la fuerza. Hace unos días me llamó el secretario y me dijo que han enviado de la capital las órdenes para el comienzo del curso escolar. Cambian los planes de estudio, prohíben los libros que estábamos usando y piden informes de los maestros. Está claro que quieren desmontar lo que en estos años se ha hecho en la escuela, así que conmigo que no cuenten.

Después de darle vueltas, me he decidido y voy a pasarme a la zona republicana, que, al fin y al cabo, es donde están los míos. Me iré de Aravalle e intentaré llegar a Madrid, para ofrecer mis servicios allí donde pueda ser más útil. Y para eso, necesito su ayuda y la de personas como usted. Tengo un plan de fuga, elaborado aquí, tarde tras tarde, en la lentitud de estos días junto

al río.

El alcalde, tío Manolo, podría fingir normalidad hasta que comience el curso. Don Guillermo podría extenderme otra cédula de identidad, por si tuviera problemas con las patrullas que hay por ahí. Tía Brígida, la de la taberna, podría ponerme al habla con algún vaquero de confianza, de esos que vienen de la sierra. Con él me iría y pasaría por la Angostura hacia el Losar. Desde allí, mediante contactos, me acercaría a la zona de Talavera, que he oído que aún son leales a la República. Llegar a Madrid ya no sería tan difícil. Mire, tío Isaac, prefiero los peligros que pueda traerme esta travesía que lo que me espera aquí en Aravalle: la escuela vuelta del revés o ir al frente con los que quieren acabar con la República»

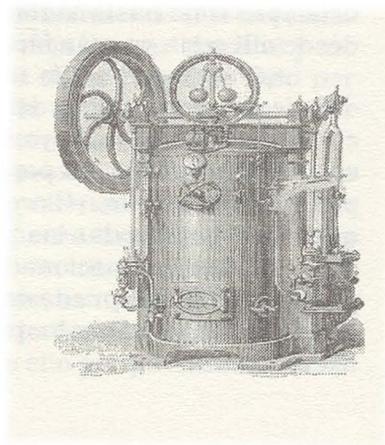
Tío Isaac me oye con atención y cuando ve que el silencio se prolonga, me dice cauteloso: «No está mal pensado su plan, aunque yo prescindiría de ciertas cosas y daría a conocer mis intenciones sólo si lo necesitara». Tío Isaac eleva su frente, deja de atar el costal y me mira con afecto paternal. Sin duda habrá pasado por muchos avatares a lo largo de su vida, y yo voy a ser ahora el receptor de sus mejores consejos, afirmados en su experiencia y en sus decepciones. «Yo no diría nada al alcalde, porque no hay ninguna necesidad de ello y, si lo hace, lo pone usted en un aprieto. Lo de don Guillermo me parece bien, pues puede resultarle útil tener otra cédula, llegado el caso. Además, es un hombre íntegro y nunca se lo dirá a nadie. Por lo demás, estando bien lo de Brígida, yo prescindiría de ello porque no es necesi-

rio. Escuche, don Dimas, tengo un plan que coincide bastante con el suyo».

Tío Isaac me propone que mañana, al anochecer, salgamos desde el molino, con las dos mulas cargadas de harina. Dando un rodeo, llegaremos al Venero, tomaremos el camino de la Angostura y cruzaremos hasta el Refugio de las Nieves. Allí nos encontraremos con un amigo suyo, con quien tiene un negocio. «Yo le llevo harina y él me trae aceite. Es algo que venimos haciendo desde hace dos años, cuando se dispararon los precios de estos productos. Subimos al trueque el primer viernes y el tercer jueves de cada mes, así que, ya sabe usted, mañana por la noche podría ser el momento». Dice tío Isaac que, al comenzar el verano, suben a esa sierras muchos rebaños procedentes de las dehesas del Tajo y que por estas fechas vienen los vaqueros a recogerlas. Su socio conoce a algunos y asegura que podrían pasarme hasta la zona de Toledo. Llegar a Madrid desde allí sería ya más fácil.

«¡O sea, que había usted pensado en la posibilidad de que yo me fuese del pueblo de esta manera! ¡Incluso puede que ya haya hablado con su socio!», dije con contenida emoción pero sintiendo ya la acción galopante en mi mente. «Claro, lo llevo preparando desde que le veo bajar todas las tardes rumiando, camino del río». Un abrazo emocionado y el silencio por su parte respecto de lo que pueda encontrarme en el otro bando, donde no todo será tan limpio como su plan, sellan nuestra amistad.

La tensión de la víspera aleja de mí cualquier resto de melancolía. Ultimados los detalles con tío Isaac, dejo atrás el río y subo a buen paso por el camino que me lleva al pueblo. Al llegar a la escuela, me fijo en sus muros iluminados por la luna y prendido en sus ventanas dejo uno de mis recuerdos más queridos, el de aquel catorce de abril, cuando, cansados y felices, mis amigos y yo bajábamos desde la Puerta del Sol a San Antonio de la Florida, justo antes de que Baldomero nos invitara a contemplar la mirada acechante del poder. Ya en casa, preparo la mochila y después abro el balcón. Miro hacia el Venero y desde allí mis ojos van recorriendo lentamente la silueta de la sierra. Después contemplo los campos bañados de luna y desde ellos mi corazón se despide de mis alumnos. Noto que me invade una extraña sensación de tranquilidad. Me retiro a dormir. Mañana, al anochecer, me espera tío Isaac junto al molino.



---

**DAMIÁN GARCÍA FENTE****A IMITACIÓN DE LOS CRÍMENES EJEMPLARES**

*A Juan Carlos*

Confieso que fui a por él con todas las consecuencias. Allí estaba, al borde del paseo de las estatuas, junto a un puesto de helados, pisando casi los arrayanes, con su mesa y sus bolas de cristal y cartas del tarot. Por la numerosa clientela que esperaba a que le dijese la buena fortuna, parecía que tenía éxito. Cuando me tocó a mí, me reí para mis adentros pensando que era un nefasto adivino pues no veía lo que le deparaba su propio destino. Le dije que me dijese cuál iba a ser mi suerte y qué iba a haber en mi futuro. Y el tipejo comienza a hacer aspavientos encima de la bola de cristal... Y va y me suelta así, de primeras, muy serio y trascendental, que tenga cuidado con mi mujer, pues me estaba engañando con otro. ¡Vaya un descubrimiento! Si era él mismo el que se acostaba con mi Laura todos los jueves por la tarde en una pensión de Tirso de Molina. Le quise hacer tragar la bola de cristal, pero como tenía la boca

pequeña le golpeé con ella en la cabeza a ver si así descubriría de una vez cuál era su propio futuro. Parece que no lo vio muy claro.

\*

Era una bonita mañana para pasear. El paseo del estanque estaba a esas horas todavía bastante solitario. Me llevé mis miguitas de pan para echárselas a las carpas y patos, antes de que los turistas los atiborrasen con sus porquerías. De pronto, la vi. Se acercaba toda sucia y mugrienta, con una flor descolorida sobre el moño. Movía con rapidez su enorme mole de kilos. Intenté esquivarla, pero se me puso delante y me agarró la mano con intención de decirme la buenaventura. Quise zafarme, pero no me soltaba. No me quedó más remedio. La sacaron a las dos horas del estanque. Fue un buen plato para mis queridas carpas en lugar de mis trocitos de pan. La lástima es que me cazaron en seguida, antes de que me consiguiese alejar, toda la caterva de parientes de la vieja que poblaban el Retiro todos los días.

\*

No soporto a mi cuñado. Ya son muchos años haciéndome la puñeta y poniéndome continuamente en contra de mi mujer. Va de guaperas y se cree muy listo porque acabó una carrera, cosa que siempre me echa en cara con su sonrisa de medio lado. Es un inútil que

no hace nada, sólo molestar, mientras que uno se parte el alma para llegar a finales de mes. Y lo que es más grave es tenerlo como vecino. Es verdaderamente insoportable. La última ocurrencia del niño es tocar el órgano eléctrico a altas horas de la noche, porque sabe que yo me tengo que levantar temprano. Comienza por pasodobles y acaba con bakalao. Lo primero pase, pero lo segundo... Harto ya, he llamado a la policía municipal, que le dio la otra noche un toque de atención. Y encima, desde hace unos días el señorito se siente molesto y no me habla. Para más recochineo ha vuelto a tocar esta noche el organito de marras. La pena es que ahora lo tenga destrozado incrustado en su cabeza hueca. ¡Lástima! Era un órgano muy bueno ¡Y caro! Quizás le suene un poco mejor la música allí dentro.

\*

La maté porque siempre me miraba mal. Sí, sí, ya sé que era bizca. Por eso siempre me miraba mal.

## MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

«NOS RELEVAN LAS ROSAS»

### DEL VACÍO Y SUS DONES.

Autora: *Ernestina de Champourcin*.

Colección Torremozas, Madrid 1993.

Ernestina de Champourcin nació en Vitoria en 1905. En 1936 se casa con el poeta Juan José Domenchina. En 1939 parte el matrimonio para el exilio, fijando en México su residencia. En 1959 fallece Domenchina y en 1972 regresa Ernestina a España. La autora de «En silencio», poemario publicado por Espasa-Calpe en 1926, pertenecía a la llamada Generación del 27 como espléndida poeta aunque no era menos importante su labor de traductora. Sus lenguas de trabajo fueron el francés, inglés y portugués además del español y tradujo numerosas obras para el Fondo de Cultura Económica. Su nómina de libros de versos es amplia y su prosa también fue celebrada, imaginativa y versátil. Ediciones Torremozas publicó en su número 50 de la Colección Torremozas una antología de la obra de Ernestina de Champourcin y en el número 59 una «Obra escogida de Emily Dickinson», traducida por la autora de «Poemas del ser y del estar» (Alfaguara, Madrid, 1972). Su fallecimiento lleva a recordar una obra editada en 1993 por Torremozas, «Del vacío y sus dones», donde Ernestina de Champourcin «nos habla de la alegría de recordar -siempre desde un ángulo de la belleza y la esperanza- pero con

esa luz interna que advierte la otra claridad cósmica de lo eterno». Sus versos son todo un gozo para el lector, una historia inteligente donde la palabra nos permite reconstruir pasados y atisbar futuros, un mundo de supremas vivencias y de encontrados afectos. «*Cuando se nos revelan las rosas de aquel tiempo /y entre las manos crujen/ unos tallos quebrados/ ¿dónde puede alentar lo que pasó /y adivino, /lo bello que persiste y es y será siempre?*». Ernestina de Champourcin nos conduce por músicas cercanas, por leyendas del beso y la ternura, por caminos de presentes y hondonadas de besos. Tal vez por eso su poesía es metafórica, lúcida, valiente, intimista e intensa. Eso también le da un valor especial, el que nos permite contemplar a una autora profunda, desinteresada por su propia biografía, amante de quienes están cerca. Esa será la herencia que Ernestina nos ha legado, el espacio abierto de su palabra, de su voz tan perdurable y magnífica. «*Un ramo de esperanza/acaricia las puertas que duermen/ todavía*», escribía Ernestina hace solo unos años.

## MARÍA ANTONIA RICAS

### LA SENCILLEZ CALCULADA

#### ESCRITO EN EL SILENCIO.

Autora: *Ana María Navales*.

Calima Ediciones, Palma de Mallorca, 1999

¿No hay sonidos alrededor? ¿Un interior callado para el libro?... Entonces ella escribe y es el único rasgo que atraviesa el silencio, el único crujido en la ausencia. ¿O es el silencio una página blanca y peligrosa, y ella se atreve a llevar su trazo por ese lienzo o papel o superficie de riesgo? ¿Qué color posee la palabra escrita sobre (en ) el silencio? El título del último volumen de Ana María Navales contiene una doble interpretación, dos movimientos que se complementan.

Después de los libros anteriores que invitan a una lectura detenida, actitud lectora que debe crecer despacio para penetrar en estos textos difíciles y luego descubrir, esforzadamente, un planeta brillante que se refleja en el mar, una metáfora continuada del deseo, de la vehemencia; después de la luz intensa de HALLARÁS OTRO MAR, de las imágenes que casi se palpan de LOS LABIOS DE LA LUNA, por tomar dos títulos de A. M. N., ESCRITO EN EL SILENCIO es el libro de la melancolía, de la reflexión dolorosa, de la mirada al pasado que constata la invalidez de la memoria, su aridez infame donde los rastros refieren lo irrecuperable. *Que sólo eres un olvido que crece* pronuncia Ana María despojándose del color - ¿qué color sabría tener el silencio?-, de la suntuosidad complicada en los

versos y desdoblándose en un tú que hace patente el desencanto, la soledad.

La sencillez, en este caso, puede ser temible. De hecho, lo es. Leer: *Días de oscuridad / y de mentira / en el viento / que azota las alas / de la memoria /*, o leer: *Lo que jamás nos dará la vida / es lo que nos impulsa / a hurgar en los amores efímeros*, deja al lector sin posibilidad de distanciamiento, sin el respiro que cualquier impostura en la palabra pudiera ofrecer. Una sencillez calculada, exquisita e íntima, si se lee: *Al pie de la laguna / empezó el miedo / a ocultar el amor y el camino / que debía traerte hasta mis brazos*, o la dura sencillez, tan nuestra, de la ironía cuando, a propósito de un libro de poemas ajeno, recién leído, la autora se dice: *Ahora ya sé que algunos hablan / porque les da miedo el silencio*.

ESCRITO EN EL SILENCIO es también un cuestionamiento sobre el hecho creador de la escritura: *Nunca he sabido, con un velo / de novia, disfrazar la tiniebla*. Navales navega por la pregunta que pone en duda la palabra que la salva del desarraigo, de la distancia hacia todo. Si ha quedado atrás el sonido de los ángeles, de la infancia, del mar, de la pasión compartida, ¿no será escribir otro de los idiomas del silencio? Hay una valentía cuando decide interrogarse sobre aquello que la sostiene y que escapa, y aun con esta duda avanza: *Busco un poema desnudo, / sin murmullos ni testigos, / un poema, sólo uno / como un ángel de la guarda / que me salve de la vida*. Por ello, leer este libro es acercarse a lo perturbador. Incomoda descubrir una poesía que, con su apariencia de sencillez, se aleja del consuelo de la poesía, de la conformidad de una palabra solamente cultivada y hermosa que adule al lector.

Ella escribe en la página 74 un poema magistral que termina así: *Lejos, un hombre y su palabra, / detrás de la puerta cerrada al*

*viento, /se dejan morir sin el más leve deseo /de saber si afuera sigue la vida.* Leyendo esta desnuda definición de la melancolía, re-escribiendo tales versos en la lectura, ¿qué le queda al lector sino la pregunta, la temible pregunta escrita en (sobre) el silencio?

## LO HICE PARA QUE SALIERA TU MANO DE LA TIERRA

### EN LOS BOSQUES DE YUSTE.

Autor: *Miguel Ángel Curiel*

Colección Melibea. Talavera de la Reina. 1999

EN LOS BOSQUES DE YUSTE, el último libro -accésit del premio de poesía «Joaquín Benito de Lucas» 1998- que nos muestra Miguel Ángel Curiel, presenta dos partes diferenciadas, no tanto en el propósito temático como en el aspecto formal de la expresión poética. La primera, cuyo epígrafe da título al libro, sigue la dirección intencional de LOS BOSQUES DEL FRÍO, volumen anterior del autor, aunque desnudando algo más los versos de la profusión de imágenes y de esa largo fraseo que componía cada verso y que, en algún poema, nos dejaba sin aliento. Ahora ha conseguido una poesía depurada donde las sensaciones del poeta se ajustan a la palabra que se adelanta precisa, perfilada (en el sentido de un material con el que se trabaja y resulta perfectamente desbastado, pulido). Pero las estaciones, el agua, la lengua de los árboles, las referencias soñadas, la maleza del amor, la penetración humana en la naturaleza aún como un equilibrio frágil, los últimos respiros de la naturaleza en lo humano... toda esta materia ya comenzamos a encontrarla en LOS BOS-

## QUES DEL FRÍO.

En la segunda parte, de apariencia epistolar, hallamos una lectura reflexiva, conciliadora de extremos vitales y dulcificando los aspectos oscuros del poeta. Hay algo fresco y estimulante en esta parte: todavía los recuerdos no son una enfermedad, todavía el manifiesto de una poética no es una embarullada colección de frases pedantes, todavía los amigos, la madre, la tierra y el deseo contienen esa porción de silencio intransferible que completa el corazón del autor y que, en sus cartas simuladas, sólo sugiere; sólo puede sugerirlo porque la intimidad con lo ajeno -aunque muy próximo-, muy próximo- se fortalece en el silencio, en el secreto, en el otro idioma...

Bien, hasta aquí observaciones un tanto superficiales sobre el texto de Miguel Ángel Curiel e intentando la objetividad. ¿La objetividad? Como mucho, la del libro en cuanto objeto. Es imposible la fría distancia crítica con EN LOS BOSQUES DE YUSTE y me daría igual si fuera posible; carece de importancia para mí una lectura anotada, de disección, donde demuestre que conozco, sin implicarme, de qué modo se articula la poesía. Lo malo es que, cuando se deja de ser objetivo, ya se está comenzando a contar la propia historia.

De momento, he cambiado el humildillo *nos* discreto por el *yo* de la interpretación, de la recreación de los poemas, del poseer. Y mudo lo respetuoso e impersonal de la 3ª persona -el poeta, el autor, el «fingidor»- por un *tú* que establece el diálogo arriesgado pues reconoce que contigo, Miguel Ángel, siempre merodea un agradable peligro: no toda la dulzura es inocente, no toda la inocencia es candidez.

Entro en tu bosque de Yuste y, *sin poder evitarlo* -me si-

que gustando esta frase en boca de Valmont-, regreso a EL JARDÍN DE ARTEMISA. Penetro en tu bosque y según avanzo recuerdo el espacio de este libro difícilísimo que escribí:

El dominio de Artemisa es el lugar donde no son posibles las comparaciones con lo conocido civilizado aunque yo lo intentara, donde se pierde, ante todo, la identidad, donde la moralidad, los escrúpulos, la continencia, fundamentos de un sobrevivir-con, extravían su sentido. En las posesiones de la Diosa se desvanece el sentido... común, las conveniencias manifiestas o tácitamente acordadas. Hay unas reglas pero son extrañas, se resisten a humanizarse. El hambre, desprovista de cualquier culturización estética del deseo, cubre la rama más alta del árbol más alto y la baba más imperceptible del más precario caracol. La indiferencia reúne el sanguinario instinto de la comadreja y el último chillido de un roedor mínimo. Los pájaros, los insectos, lo que reptaba, lo que mama, lo vegetal, se ensimisman en un dominante esfuerzo de simiente que se aleja de apreciaciones bellas o repulsivas. Llamamos violencia a aquello que jamás se ha nombrado a sí mismo.

Entré donde mora la Diosa para escapar del dolor, para no cumplir años, para olvidar el futuro -te aseguro que en ese jardín el futuro no existe- y me apresó el vértigo de «lo Otro». Por cierto, ¡con cuánta facilidad, tan a la moda, se habla ahora de «lo Otro»! ¡Con cuánta ignorancia! Sólo atisbar ¡de verdad! «lo Otro», cegaría. Entré en aquel bosque con la intención de permanecer y apenas estuve transitoriamente, apenas toqué algo de su atmósfera y salí con otro nombre... ¿Te acuerdas de Ulises? Es significativo que fuera Circe, la hija del Día y de la Noche, quien le ayudara a entrar en «lo Otro» para preguntar a Tiresias (¡ah, la intensidad del mito!). El héroe necesitaba saber el camino de regreso. Figúrate: cruzar a

«lo Otro» para regresar. Le ayudó Circe, la magia. Miguel Ángel, eso que tú y yo conocemos de la poesía, no del todo sabiamente, me ayudó a salir.

Por el contrario, tu bosque es una continuación de ti, no, es lo que tú eres. Decir estuve EN LOS BOSQUES DE YUSTE será decir *he estado con Miguel Ángel, reconozco su palabra, sé quién es*.

Tu bosque es humano; lo que reptas, lo que vuela, lo que fluye poseen una voluntad, una iniciativa para ser. Tiene corazón y no digo con esto que sea un bosque plácido o domesticable; tiene corazón porque tiene un nombre, el tuyo. Leer, entrar EN LOS BOSQUES DE YUSTE consiste en descubrir tu deseo. Hay una familiaridad de algo acariciante que se necesita de continuo, una joven ansiedad cuando abrazar es lo mismo que crecer y fortalecerse en las emociones. Hay sendas entre los árboles, sendas de tu pie: melancólicas, cercanas a la muerte algunas, luminosas, cálidas otras. Hay una incesante invitación para quedarse EN LOS BOSQUES DE YUSTE, para quedarse contigo. La soledad es el sabor de las ciruelas, el tallo de la rosa, el parloteo de las hojas. Hay algo sensual que difumina las aristas de los escrúpulos. Hay una seducción blanda, un pequeño juego con el cual no se pierde la identidad sino que se adquiere consciencia de lo natural-bello, del *locus amoenus*. Nunca se abandona la mirada propia. Se puede entrar y salir, entrar y salir, entrar y salir y siempre apreciando en estas idas y venidas algo gratificante, encantado. Y hay tiempo, un tiempo cíclico, sin interrupciones, sin sobresaltos, pero tiempo a fin de cuentas. Lo consolador que pueda hallarse en el tiempo.

También tus cartas, escritas desde el bosque, son insinuaciones. ¿Qué otra cosa me estás sugiriendo sino *ven y comprenderás*

*que el dolor es el lado áspero de la ternura? ¿A qué otra cosa invitas sino a tocar la sombra de mi sueño en esa agua de ese río tan apetecible?*

¡Qué acogedor tu bosque! Leerlo me lleva a encontrar en mí matices alejados de la violencia o de la hosquedad y no por ello pueriles, ilusos o fáciles de transformar en remilgos. Leerlo es tener la suerte de conocerte y, mira, esto me hace sentirme orgullosa de ti... y de mí: Al fin entro en un bosque donde puedo respirar, donde el miedo no existe.

Como ves, he preferido omitir en este texto cualquier verso tuyo que me sirviera para demostrar la supuesta objetividad. Elijo sólo uno:

**Lo hice para que saliera tu mano de la tierra.**

## ALFONSO CASTRO

### AMADOR PALACIOS, POESÍA EN LA POESÍA

Acabo de releer de una breve y veloz atacada cuanto subrayé y anoté al margen hace unos meses en mi primera lectura reposada de las *Tragedias sólo subjetivas*, último libro de Amador Palacios, galardonado con el Primer Premio del XIII Certamen Internacional de Poesía Barcarola de Albacete y abrumado he vuelto a quedar de cuánta vida, amor, desamor y hasta muerte encierran sus páginas y alberga, por tanto, la mente y el corazón de este joven poeta nuestro nacido albaceteño, crecido y aleccionado en Toledo y residente desde hace ya varios años en Alcázar de San Juan.

Resulta complejísimo, además de un esfuerzo vano, intentar condensar en unas breves cuartillas el enorme flujo vital y reflexivo del autor manchego en esta obra estructurada en tres partes -*Tragedias subjetivas*, *Los ciclos (interludio)* y *Universos*-, construida con versos envueltos en formatos tan diversos como el soneto, el epigrama, el haiku -como ese que reza: *Yo, ya un ángel/ me sumergo en el agua/ sin mojarme*-, la proliferación de estrofas, el poema corto y contenido, la rima y la antirrima, etc. Toda una variedad de registros formales literarios que sólo dominan los elegidos, aquellos que como Amador han hecho de la poesía su forma más grata y tormentosa (al mismo tiempo) de vida -*Porque creo que lo cierto/ de la vida sólo es/ su verdad modificada/ sabiamente en el papel*-.  
 Y es que la poesía, como cualquier otra disciplina artística o

creativa, se explica por sí misma, aunque poliédrica y distinta en cada sujeto que a ella se arrima en momentos de autenticidad, de mismidad. No necesita de comentaristas, ni de críticos oficiales, profesionales, o amateurs. En todo caso de rapsodas, o anunciadores, porque aquellas otras al fin y a la postre son ocupaciones generalmente inventadas para ganar dinero, adeptos, prestigio, *subidones* de ego y también desprestigio, ruina moral y cosas así.

Pero aún a sabiendas de todo esto (¡oh el hombre y sus circunstancias y contradicciones!) ya que me he puesto acabaré esta entrega, aunque sólo sea por recomendarles ilusionadamente la lectura de este libro que apenas si ha trascendido públicamente -una más de tantas injusticias entre las que se crece la poesía- y que, por cierto, fue vapuleado vilmente por el crítico literario Antonio Lucas en el diario *El Mundo* por culpa indirecta e involuntaria mía, que hice llegar la obra al suplemento *La Esfera*, a la espera ilusa de reseñarlo personalmente.

*Tragedias sólo subjetivas* -bello título para un esteta en la titulación de poemas como es Amador Palacios: *Un emblema recorre los abismos, Oír Pasar los trenes, De la imposibilidad de definir al gato, Oda al corpore insepulto, o, Minimal noticia*- es un poemario en el que la principal protagonista es la misma poesía, que en Amador es mística mundana y existencialista a un tiempo, la piel en la que se deja casi toda su existencia, esto es, buena parte de su tiempo y de su utopía. «*Los poetas tienen misterio y atractivo*» dice él en una de sus estrofas. Y no es otro el trasfondo que destilan sus versos: un imán que te atrapa y ciertos misterios que insinúa desde su profundo mundo interior. Misterios con los que juega e ironiza, que son sólo suyos, pues el poeta que es de esencia antes que para nadie, escribe para sí mismo, por su cuenta y riesgo, protagonizando

así su propia purga catártica.

Misterio y atracción que están en el yin-yang de estos versos y del propio poeta (*esta lucha del ángel y el diablo*, señala en un poema refiriéndose a sí mismo), en la ambivalencia de su tono de voz, de ese cambiante estado de ánimo en que se nos desnuda. De manera que en bastantes poemas de esta obra, generalmente extensos y más densos, están sus tragedias subjetivas, aunque casi siempre rematadas con ráfagas de optimismo, de ilusión, de afán de superación, de fe en la vida.

Por estas páginas que hay que ubicar en lo que se ha dado en llamar la poesía del instante, transcurren infinidad de girones autobiográficos del autor, sus crisis anímicas, sentimentales y de pareja. Y de manera muy especial nos descubren algunos estantes de su morada (o moradas últimas) en la que escribe sublimando su vida cotidiana, sumergiéndonos en un fregado en su cocina o en su poblada biblioteca, oyendo los tañidos de campanas próximas o el lírico traqueteo rodante de los trenes alcazareños en noches de vela (*Oír pasar los trenes/ es lo que me consuela/ en esta cama insomne/ de esta noche de guerra*), contemplando la amable ventisca sobre los cristales, haciendo de la casa y su entorno el escenario cómplice de sus más hondas querencias y fobias, de su irreductible manía por las imágenes poéticas. Como las que emplea en el intento de definir a un gato: *Mas precisar lo en términos veloces/ es muy difícil porque el gato es hijo/ de diosas complicadas y precoces*.

Con esta simbiosis con su propia casa inicia precisamente el discurso de estas *Tragedias...* *La vida apenas me sirve/ para apoyarme en la mesa/ y acordándome de cosas/ escribir unos poemas/ (...) Unos versos alineados/ bajo una expresión fragante/ ante un momento sereno/... Y la sangre coagulándose*.

Atrae también de este libro la original forma que emplea en la narración de sus crónicas líricas, a modo de periodista-poeta. Crónicas dedicadas, por ejemplo, a recoger un entierro callejero, un día de la lotería navideña, un accidente de carretera, o un último día de agosto.

Y al lector atento atraerán de este poemario, sin duda, infinidad de aspectos más. Como esa brillante maestría en combinar el lenguaje culto y clásico con el más popular y callejero, el apego bien dosificado a la ironía del maestro Quevedo, el regusto sincero por los atractivos mundos de lo marginal y alternativo (alcohol báquico, sexo, drogas y rock), los influjos y alusiones a grandes entre los grandes (Garcilaso, Vallejo, Baudelaire, Gómez de la Serna, Darío, Crespo, etc.), o sus inmejorables alusiones al pasar del tiempo (*A medida que uno/ se va volviendo viejo/ la melodía*) o a este duro mundo nuestro de cada día (*un revoltijo de vivos y muertos*).



## Índice

*María Antonia Ricas, 5;132 / Manuel Quiroga Clérigo, 7;130 / Carlota M. Senac, 9 / Juan Carlos Pantoja Rivero, 13 / Carmen García-Lecua, 15 / Jesús Pino, 17;88 / Mar Peces, 20 / Miguel Ángel Curiel, 21 / Paco Morata, 24 / Alfonso Castro, 26;139 / Amparo Ruiz Luján, 28 / José Pulido, 30 / Diego Gómez, 34 / Ian R. Mackinnon, 36 / Elisa Romero, 42 / Jorge Berenguer Martín, 49 / Joaquín Copeiro, 55;75 / Gonzalo Melgar del Corral, 59 / Sonia Tardío Ledesma, 62 / Jesús Rubio, 63 / Susana Béjar Sánchez, 68 / Maritza Josimcevic, 82 / Michael White, 94 / H4, 98 / Jesús Bermejo, 110 / Damián García Fente, 127.*





Copia digital realizada por el  
**Archivo Municipal de Toledo**

\_\_\_\_\_

